

Domingo Faustino Sarmiento

Campana en el Ejército Grande aliado de Sud América

Edición, prólogo y notas de
Tulio Halperin Donghi

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector
Ing. Julio M. Villar
Vicerector
Lic. Ernesto Villanueva

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES



SBD-FFLCH-USP

La campaña	187
14 de enero	188
Día 15	191
Día 16	194
Día 17 - Arroyo del Medio	195
Día 18	196
Decreto del Soberano Congreso de Tucumán	198
Día 19	199
Día 20	200
Día 21	201
Día 22	201
Día 23	202
Día 24 - Cañada de los Toros	202
Día 25 - Las lagunas del Juncal Grande	204
Día 26 - La laguna de las Toscas o del Gato	204
Día 27	207
Día 28	210
Día 29 - Guardia de Luján	210
Día 30	212
Día 31 - Derrota de la vanguardia de Rosas	212
Día 1° de febrero	213
Día 2 de febrero	216
El día 3 de febrero - Batalla de Caseros	216
Después de la batalla	219
Día 4 - Palermo	220
Palermo	222
El pueblo	224
El Boletín núm 26	229
Buenos Aires	232
El triunfo	235
El gobierno	241
Ocupaciones	243
Mi fuga	252
El general Paz en Montevideo	255
Río Janeiro	259
Petrópolis	262
Las provincias	273
La sesión de junio	281
El drama toca a su fin	285
El 11 de septiembre	288
La navegación de los ríos	295
Buenos Aires hoy	298
Epílogo	305

SARMIENTO

Domingo Faustino Sarmiento, hijo de José Clemente y Paula Albarracín, nació en San Juan, entonces la ciudad más importante de la región cuyana, el 11 de septiembre de 1811. Por parte de padre y madre estaba vinculado -como había de subrayar muy frecuentemente- con todos los que habían significado algo en la vida de la pequeña ciudad andina, pero su familia directa era extremadamente pobre. Su padre, arriero de mulas, era una presencia fugaz en el hogar: luego de la revolución de 1810, a la que adhirió con entusiasmo, José Clemente Sarmiento halló nuevos motivos para permanecer lejos de la demasiado apacible San Juan; entre guerras de independencia, luchas civiles y destierros, su vida tomó un rumbo azaroso cuyos quiebros al parecer no le desagradaban. Centro y jefe del hogar fue Paula Albarracín, hija de una ilustre familia en irreparable decadencia. El influjo de esta mujer fuerte que emprendió animosamente la tarea de edificar con la obra de sus manos un hogar para sus hijos (siete muchachas y dos varones, de los cuales uno destinado a morir en la infancia), es el primero y no el menos decisivo en la formación de Sarmiento.

Ese influjo materno se identificaba con el de todo el pasado sanjuanino, que Sarmiento sintió siempre vivo en sus propias inclinaciones y actitudes. Ese San Juan colonial no era comparable con los centros del litoral rioplatense, que a partir del siglo XVIII gozaban, gracias al comercio europeo primero ilícito y luego legítimo, de una prosperidad creciente. La menuda ciudad al pie de la cordillera -tan urbana en muchos aspectos de su vida- era centro de un vasto oasis en que España había reconstruido en lenta labor los rasgos de una cultura mediterránea; un oasis de vides y olivos, una ciudad de artesanos, muleteros y viñadores, presidida por iglesias y conventos (cuando, ya en la vejez, Sarmiento pudo

Leer los *Recuerdos de infancia y juventud* halló una halagadora semejanza entre la Tréguier que vio crecer a Renan y su nativa San Juan). Todavía algo más: esa ciudad, esa región no crecían junto con la Argentina de las pampas ricas en ganado; sus vinos, sus aguardientes, sus rústicos tejidos luchaban mal contra la competencia de pronto desencadenada de la entera Europa.

Pero ese agonizante modo de vivir era todavía capaz de marcar indeleblemente a quienes en él se habían formado. Los primeros años revolucionarios introdujeron sin duda sus novedades, pero no significaron, sin más, el fin de los modos de vida que en San Juan había elaborado la colonia. Bajo esos dos influjos que no se sabían contradictorios, el de la colonia piadosa y quieta y el de la revolución republicana, se formó en sus comienzos Sarmiento. Su primera escuela —la única que iba a conocer— fue la Escuela de *El Patria*, abierta para reemplazar a la del Rey, que la revolución había suprimido. Allí aprendió un modo de convivencia distinto, que ignoraba cuidadosamente, en nombre de la nueva igualdad revolucionaria, la complejísima estratificación social y racial que caracterizaba la vida sanjuanina, como la de toda Hispanoamérica, en los últimos tiempos coloniales. La de esa escuela que no era el instrumento creado por una sociedad para perpetuar sus módulos culturales, sino el medio revolucionario de transformar con rapidez esos módulos, fue la segunda experiencia importante en la vida de Sarmiento.

Cuando entraba en la adolescencia la vida de su rincón nativo se tornó más agitada: un joven gobernador, hijo de la más rica familia del lugar, Salvador María del Carril, se lanzó a audaces reformas, que amenazaban —ahora ya irrevocablemente— a ese San Juan hijo de la colonia, que si había aceptado la república y la independencia se negaba a aceptar la libertad de cultos. De eso se trataba precisamente, y Sarmiento no gustará luego de recordar qué partido había seguido cuando, casi niño, se enfrentó con esta disyuntiva radical. Sus parientes ilustres, sus maestros de la Escuela de la Patria, tomaron posición en favor de la unidad de la fe y contra el gobernador amigo de novedades. Para seguir a un tío suyo desterrado por esa adhesión, el eclesiástico don José de Oro, marchó Sarmiento en 1825 a San Francisco del Monte de Oro, en la provincia de San Luis, donde fundó escuela. Volvió luego a la casa paterna, y se frustró su esperanza de proseguir estudios en Buenos Aires, gracias a las becas instituidas por Bernardino Rivadavia, el gobernante que en la capital de la Nación emprendía

una aventura análoga a la iniciada en San Juan por Del Carril. Mientras Sarmiento prosigue su vida oscura en San Juan, ahora como empleado en un pequeño comercio, su patria busca organizarse. El Congreso constituyente, convocado por Buenos Aires en 1825, dieta, bajo el influjo de Rivadavia, la constitución unitaria de 1826, en la que los caudillos que gobiernan las provincias ven una circular de cesantía. El partido federal, que ha comenzado por ser expresión de un reducido grupo de brillantes diputados al congreso, gana la adhesión de las provincias interiores. La guerra civil se desencadena, mientras la Argentina lucha con el Brasil por lo que va a ser el Uruguay. El régimen unitario, incapaz del esfuerzo que la hora exige, se derrumba ante los caudillos que se han unido para combatirlo... En San Juan los adversarios de Del Carril vuelven en triunfo: los devuelve al poder la milicia de Facundo Quiroga, el gran jefe político y militar que ha surgido en los Llanos de la Rioja. Los pastores de los Llanos cercanos no eran huéspedes desconocidos para los agricultores sanjuaninos: solían apacentar su ganado en los alfalfares de la vega sanjuanina, antes de llevarlo a vender a Chile. Ahora entran como dominadores en la ciudad que antes esquivaban con rústica timidez. Sarmiento ha narrado una vez y otra el hecho: a medida que pasaban los años su memoria lo depuraba hasta convertirlo en el instante que le reveló el que iba a ser rumbo decisivo de su actuación política. Desde ese momento su causa pasa a ser la causa de las ciudades. Pero no, como antes, la de aquellos que dentro de las ciudades argentinas han buscado mantener el orden antiguo, y con su irrazonable apego al pasado han provocado la ruina presente. Su causa es la de Rivadavia, la de los innovadores ayer abortecidos. Y con el correr de los años Sarmiento llegará a construir, en torno de esa imagen central de los pastores bárbaros que cubiertos de sangre y polvo conquistaban su ciudad nativa, toda una imagen del mundo en que se expresa una formación cultural colocada bajo el signo del romanticismo. Por ahora esa opción se da ante todo en el plano práctico: transforma al dependiente de comercio en un soldado de la guerra civil. En 1828-31 los unitarios juegan sus últimas venturas en las provincias del interior, han hallado un jefe militar y político admirable en el general Paz. Sarmiento sigue la fortuna favorable o adversa de su partido: en 1831 Paz es capturado; Facundo Quiroga, al que había obligado a refugiarse en Buenos Aires, reconquista las provincias andinas, y Sarmiento, a los veinte años, se encuentra desterrado en Chile.

En los cinco años que dura su primer destierro lo acompaña constantemente la miseria. Maestro en los Andes y San Felipe, bodegonero en Pucuro, minero en Copiapó... En 1835 Quiroga es asesinado por una intriga de caudillos rivales; el dominio federal se hace menos opresor en las provincias antes sometidas a su dura protección (en Buenos Aires Juan Manuel de Rosas, que acaba de llegar por segunda vez al poder, organiza su dictadura y acrecienta su influjo sobre las provincias). En 1836 Sarmiento vuelve a San Juan, no mal recibido por el gobernador federal de la provincia, el general Nazario Benavides, que ha sido su condiscípulo en la Escuela de la Patria.

Vuelto de Chile, Sarmiento pasa a ser, a los veinticinco años, figura principal en la vida de su ciudad nativa. Dirige una escuela de niñas, que cuenta a la vez con el patrocinio del señor obispo de Cuyo (su tío don José Ignacio Quiroga Sarmiento) y con la apasionada simpatía de la porción más inquieta de la juventud sanjuanina. Dirige un periódico apolítico, *El Zonda*, para cuya publicación cede gratuitamente el gobernador las prensas de la provincia. Sin ser abogado, actúa como tal ante los tribunales sanjuaninos, ante jueces que son sus amigos. Este súbito éxito tiene algo de sorprendente; si no es usual sorprenderse ante él se debe a que Sarmiento fue el primero en hallarlo naturalísimo. Es ya sorprendente la benevolencia mostrada por las autoridades del partido opuesto al joven que volvía del destierro sin renegar de su pasado (pero esa actitud de padre de los gobernantes federales era más frecuente de lo que haría creer la prosa encendida y rica en amenazas que utilizaba en sus proclamas ese partido: en efecto, a esos gobernantes no siempre desagradaba que su gobierno se viera rodeado de cierto prestigio intelectual, imposible de alcanzar sin transar de algún modo con sus adversarios; los lectores de la *Campaña en el Ejército Grande* se enterarán al pasar que las cámaras provinciales sanjuaninas, que debían su elección al influjo de Benavides, estaban en 1850 integradas en su mayoría por unitarios apenas secretos). Más sorprendente es que la juventud rica y blasonada de San Juan aceptase por guía a un mozo sin dinero ni posición. He aquí una victoria, no la última, de la fuerte personalidad que comienza a formarse.

En ese período sanjuanino se forma, en efecto, la personalidad intelectual de Sarmiento. Su formación no es sino un tardío eco, en el San Juan de 1838-40, de la experiencia cultural atravesada por la juventud ilustrada de Buenos Aires a partir de 1830: la sú-

bita revelación del romanticismo. La buena nueva fue llevada a San Juan por un hijo de la provincia, José Quiroga Rosas, de retorno de una larga estancia en la capital. Junto con un amplio bagaje de sorprendentes novedades literarias y culturales, traía Quiroga Rosas un mensaje más preciso: la solución que la generación romántica había propuesto para superar la crisis política e ideológica que atormentaba a la Argentina. De esa solución, punto de partida de las que a su vez va a elaborar Sarmiento, nos queda una imagen a la vez seca y ampulosa en el hoy llamado *Dogma Socialista*, breve texto redactado en 1838 por Esteban Echeverría con la colaboración para algunos pasajes de Juan Bautista Alberdi. El *Dogma Socialista* se propone proporcionar a la clase ilustrada argentina, extraviada por los errores ideológicos del partido unitario (cuya culpa mayor había sido inspirarse en el individualismo egoísta, en el racionalismo estrecho del siglo anterior) un nuevo cuerpo de doctrina, capaz de devolver al grupo la unidad ideológica que haría posible a su vez la unidad de acción indispensable para reconquistar la hegemonía política perdida en beneficio de los opulentos pero rudos jefes federales. Esa unidad permitiría a la vez a la clase ilustrada argentina, devuelta a su papel natural de clase dirigente, retomar la tarea iniciada en los días de la revolución contra España, que se resume, para Echeverría, en una lucha de "la fuerza del bien" contra las fuerzas oscuras del eterno ayer que se obstinan en la resistencia. Estas ideas acaso excesivamente desprovistas de complicaciones están desarrolladas en un texto por el contrario rico en ambigüedades y contradicciones: esas tradiciones se explican en parte por la heterogeneidad de los influjos que sobre sus autores se ejercían (es sabido que las tendencias políticas de inspiración romántica eran variadas y no siempre concordantes; por otra parte los redactores del *Dogma* no, se limitaron a los románticos: en sus párrafos conviven en una paz que no es garantía de armonía, las ideas de Guizot y Cousin con las de Lamennais y Mazzini, presididos todos ellos por Pierre Leroux, "la más alta cabeza metafísica de Europa", según sus admiradores de Buenos Aires). Pero todavía esas enseñanzas tan heterogéneas debían ser aplicadas a una realidad distinta de aquella para la cual habían sido elaboradas: los redactores del *Dogma*, no trabados por respeto alguno a la literalidad de esas doctrinas, buscaron más de una vez deducir de ellas consecuencias que, apropiadas a la circunstancia argentina, guardaban relación sólo remota con las premisas de las que pretendidamente se las había deducido.

Lo que Echeverría elaboró bajo tan complicados auspicios era un llamado a la guerra santa, no contra el partido federal y en favor del partido unitario (pues el grupo que lo rodeaba creyó haber superado esa alternativa, haciendo suyos los elementos positivos de ambas posiciones antagónicas), sí contra todo aquello que se opusiese a la causa del progreso, que no era ya la de uno de los partidos de las pasadas guerras civiles. Pero si la causa no era la misma, el adversario seguía siendo el mismo: Rosas, que completaba la construcción de un régimen político del todo opuesto a los principios que hacía suyos la Nueva Generación. Ésta tardó en aceptar tan comprometedoras conclusiones; buscó primero un acuerdo que se reveló imposible con el gobernador federal de Buenos Aires; todavía su llamado a la lucha de 1838 debía interpretarse en lo inmediato como llamado a una predicación ideológica que pudiese las bases de un posterior alzamiento contra el régimen rosista. Pero este llamado condicionado y casi secreto a la guerra santa se perdió en el tronar de la gran tormenta política y guerrera que se desencadenaba: Francia, con la que Rosas se hallaba en conflicto hasta 1837, el presidente uruguayo Rivera, a cuyo infortunado rival Oribe Rosas había dado asilo en Buenos Aires, el general Lavalle, primera espada del partido unitario, luego el general Lamadrid, pronunciado en Tucumán al frente de las tropas que Rosas le había confiado para mantener su hegemonía en el interior, por fin varios gobernadores de provincia, se lanzan a una lucha violenta y desordenada contra el dictador de Buenos Aires. Rosas venció gracias al apoyo discreto pero seguro de Gran Bretaña, que unido a la tensa situación mundial obligó a Francia a retirarse de la lucha; sobre todo por la desunión de sus adversarios.

Así el llamado a la Guerra Santa encontró un eco excesivamente pronto y violento; ante la situación creada los de la Nueva Generación hicieron lo que se habían prometido reiteradamente no hacer, y era, sin embargo, lo único posible: tomaron partido no sólo contra Rosas, sino también por sus adversarios, por Francia, por Rivera, por Lavalle, por los unitarios antes despreciados, por los caudillos levantados demasiado tardíamente contra el poder que habían contribuido a erigir. A comienzos de 1843 un ejército comandado por Oribe, tras de conquistar para Rosas las provincias interiores, donde sus atrocidades dejaron un recuerdo aún no borrado, ha avanzado hasta las afueras de Montevideo; se han disparado ya los primeros cañonazos de un sitio destinado a durar nueve años. Rosas ha alcanzado, tras de la dura prueba, lo

más alto de su poder; sus enemigos están de nuevo dispersos más allá de las fronteras, y entre ellos se encuentran los miembros de la Nueva Generación. Sarmiento, que desde San Juan, donde Benavides se mantiene leal a Rosas, ha guardado estrechos contactos con las provincias rebeldes del Norte, tras de sufrir cárcel y vejámenes, es de nuevo un desterrado en Chile.

Pero en ese mes de febrero de 1843, en que la causa antirrosista queda encerrada en su último reducto montevideano, Sarmiento es —ya desde hace dos años— figura considerable en la vida chilena. Un artículo recordatorio de la batalla de Chacabuco, publicado en el *Mercurio* de Valparaíso el 11 de febrero de 1841, le ha ganado la admiración de políticos y literatos chilenos. Desde entonces su actividad periodística no habrá de cesar hasta su muerte. En Chile escribe sobre temas muy variados, desde el camino de la capital a Valparaíso hasta el estado de los estudios históricos en Europa, hasta la última representación del último drama de Dumas en el teatro de Santiago. En esa maraña de temas, guiado por otra parte por algunos ejemplos admirados, en primer lugar entre ellos el de Larra, logra sin embargo Sarmiento decir lo suyo, lo que de veras le importa. Aun en los artículos más tempranos se revela una cierta imagen del mundo, inseparable de la imagen que Sarmiento se ha formado de lo que le toca hacer en el mundo.

Esta imagen del mundo es sustancialmente romántica. Esto no es sorprendente: los años decisivos para la formación de Sarmiento, los de 1838-40, estuvieron colocados bajo el signo del romanticismo. Pero habría que mirar las cosas más de cerca; en primer lugar cuando Sarmiento entró en contacto con las novedades románticas tenía ya una cierta personalidad, y una serie de soluciones para los problemas culturales y sociales de su país. Y luego su romanticismo es bastante distinto, más hondo y esencial, que el de sus maestros locales, que el de Echeverría, discípulo aplicado y a ratos distraído de autores que creía prestigiosos, que el de Alberdi, ansioso de reducir a un sistema de verdades claras y distintas lo que por su naturaleza misma era ondulante e impreciso.

He aquí, entonces, todo un haz de preguntas sobre la formación espiritual de Sarmiento, preguntas difíciles de responder. En primer lugar acerca del Sarmiento anterior a la revelación romántica. No faltan acerca de esto testimonios del propio Sarmiento, que adolecen sin embargo todos del mismo vicio originario: están como traspuestos sobre las pautas que proporciona su posterior

formación romántica; no pueden entonces ser aceptados literalmente. Lo que sugieren no es sin embargo inverosímil: que el Sarmiento de la juventud era ya un romántico *avant la lettre*; acaso porque esto es exacto pudo luego formarse una conciencia romántica menos impura, menos deformada que las de los iniciadores del romanticismo argentino.

Otro motivo de perplejidad: esos testimonios que Sarmiento va dando de sus propios orígenes intelectuales, aunque abundantes, no son siempre concordantes. Lo son sin embargo más de lo que a primera vista podría creerse. Hubo al parecer en su formación una primera capa que es legado de la cultura eclesiástica colonial: lecturas edificantes, y obras histórico-eruditas (uno de los primeros libros por él leídos, asegura reiteradamente Sarmiento, fue la *Historia de España* del jesuita Masdeu). Posterior a todo esto es el descubrimiento de los catecismos editados en Londres por Ackermann para el nuevo mercado sudamericano. La maravilla con que descubrió Sarmiento esos apresurados compendios que, en escasas preguntas rápidamente respondidas, le enseñaban de "Leonidas y Bruto, Aristides y Camilo, Harmodio y Epaminondas" muestra muy claramente en qué nivel cultural se hallaba hasta ese momento. Luego, en San Juan y San Luis, leyó muy atentamente la Biblia, que está presente en toda su obra de pensador y escritor; del libro sagrado le interesó sobre todo el testimonio de un modo de vida tan distinto y a la vez tan semejante al que conocía; el de esa Palestina en que las huertas limitaban también con el desierto. Y junto con la Biblia, de la que extrajo enseñanzas distintas de las buscadas por los que lo habían iniciado en esa lectura, sus tíos el canónigo Albarracín y el clérigo Oro, leyó la *Autobiografía* de Franklin, en la que reconoció a un Plutarco adaptado a los tiempos nuevos: el ejemplo de una ética distintamente orientada, pero no menos exigente y rigurosa, que la implícita en los relatos hagiográficos del Año Cristiano. ¿Esta lista es completa? Sin duda no lo es; en todo caso nos muestra muy exactamente qué buscaba y hallaba Sarmiento en unas lecturas debidas más bien al azar que a un plan. Lo que le proporcionan los catecismos de Ackermann, lo que le ofrece la Biblia, lo que le enseña la prosa de Franklin es siempre el modo de vivir y de ver el mundo que caracteriza a un grupo humano situado en un contorno histórico y geográfico preciso, que Sarmiento contempla con curiosidad apasionada, que es capaz de revivir desde dentro sin por eso verse obligado a aceptar como vigentes los supuestos en

que ese modo de vivir y ver el mundo se apoya. Hemos caracterizado así un modo de captar la realidad histórica que es romántico, y su corolario, que es el historicismo romántico. De modo que cuando conoció a "Villemain y Schlegel en literatura; Jouffroy, Lerminier, Guizot, Cousin, en filosofía e historia; Tocqueville, Pedro Leroux en democracia...", pudo realizar una libre lectura de todos ellos, obtener de ellos lecciones algo distintas de las extraídas por Echeverría o Alberdi. Esas diferencias comienzan por ser más implícitas que expresas; de allí que Sarmiento y sus lejanos maestros de Buenos Aires parezcan hallarse siempre en *délicatesse*: Sarmiento les otorga el respeto sincero que el discípulo debe a sus iniciadores, pero sigue su camino; los maestros contemplan ocultando tan cortésmente como pueden su desaprobación...

Ese modo de contemplar la realidad histórica, y dentro de ella la de Hispanoamérica, se muestra ya en los primeros escritos periodísticos de Sarmiento en Chile. Sin duda, para Sarmiento como para el grupo de 1837, la revolución contra España ha inaugurado en América algo radicalmente nuevo, y que él también llamará el reino de la libertad. Pero esa libertad no ha de identificarse con las libertades individuales (que por otra parte también interesan a nuestro escritor); esa libertad convive, no casual sino necesariamente, con los atropellos de los ejércitos libertadores y las arbitrariedades de los gobernantes por ellos impuestos. Esa libertad no es sino otro nombre para el ingreso de Hispanoamérica en el proceso histórico, detenido en el continente al agotarse las energías de la nación española que había realizado un primer esfuerzo para poner en movimiento esa realidad inerte; y en este sentido Sarmiento es de los primeros en justificar históricamente la conquista, no con sólo negar las crueldades y crímenes que la acompañaron, lo que significaría no elevarse sobre el juicio moral y no histórico de quienes en nombre de esos desmanes la condenaban, sino señalando en ellos un aspecto negativo pero necesario de un hecho que colocó a América en el camino del progreso. En el camino del progreso: si Sarmiento es capaz de justificar con un realismo histórico-político que no se detiene ante sus últimas consecuencias, cuanto en ese proceso ha tenido lugar, es porque cree que ese proceso significaba a la vez un progreso: realismo y optimismo van así juntos, y sólo el segundo justificaba al primero. A ese progreso no atribuya Sarmiento una meta precisa y realizable; a veces parece por otra parte que más que el punto de llegada le interesase el avance, el esfuerzo creador que en él se despliega.

Aquí de nuevo se aparta Sarmiento de Echeverría y Alberdi, lleno el primero de recuerdo de la concepción saintsimoniana de las épocas críticas que, a la vez que destruyen lo viejo, crean en el sufrimiento el orden perfectamente armonizado destinado a triunfar en la siguiente época orgánica (concepción que, implícita pero evidentemente, hace de las últimas la meta del esfuerzo de las primeras), capaz de reducir la noción de progreso a un conjunto preciso y limitado de mejoras materiales que para Sarmiento nunca podrían agotar lo que es motor de toda la historia humana.

Ese progreso se da en la lucha; la lucha no ha de verse entonces como signo de un tiempo particularmente castigado, sino como hecho universal, eterno y necesario. La lucha que mueve la historia de los hombres es vista por Sarmiento también ella a la manera romántica: en su libro máximo, *Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga. Aspecto físico, costumbres y hábitos de la República Argentina*, publicado en Santiago de Chile en 1845, Sarmiento intenta una interpretación sobre esta clave del proceso histórico vivido por la Argentina a partir de su independencia. Este libro tiene forma biográfica; si lo comparamos con otra biografía publicada por Sarmiento algunos meses antes, la *Vida del General Fray Félix Aldao*, advertiremos acaso mejor qué implica el enfoque historicista romántico presente en *Facundo*. Fray Félix Aldao, el franciscano apóstata que llega a gobernar su provincia de Mendoza, y tras de una carrera de crímenes muere con el rostro destrozado por un cáncer y la conciencia apagada por el alcohol, es para Sarmiento un pecador que es preciso juzgar de acuerdo con ciertas normas morales, y acaso compadecer. Facundo Quiroga, el jefe de los llaneros riojanos, es el hijo de un clima histórico y geográfico determinado, el de la pampa laxamente dominada por los gauchos. Todo juicio moral está aquí superado por el juicio histórico; y la vida de Facundo sólo interesa en cuanto en ella se revela la índole secreta de la Argentina bárbara. Así para Sarmiento, en el destino de un caudillo, en una peripecia cualquiera de ese destino, está ya presente, y entero, el ordenado mundo en que ese destino o esa peripecia se integran. Imagen también ella romántica: en ella cada hecho que el pasado o el presente somete a nuestro examen sólo puede ser interpretado integrándolo en una muy vasta totalidad de sentido: la arrogancia de Facundo, la obediencia de sus hombres, el modo de divertirse los pobladores de la Pampa, la manera, a la vez ingeniosa e insuficiente, de utilizar económicamente la tierra en que viven, son to-

dos signos de esa unidad de sentido que es la barbarie. De la misma manera el historiador romántico había descubierto que unas costumbres familiares muy curiosas, una estricta ética centrada en la noción de venganza, una cierta astucia extremadamente imprevisora, una actitud curiosamente ambigua frente a una religión y una cultura aprendidas demasiado recientemente, no eran hechos que podían ser considerados aisladamente, porque formaban esa unidad que llamamos la Francia merovingia. Pero a la vez esa unidad no existía al margen y por encima de esos hechos; se daba ya entera en cada uno de esos hechos mismos, y por eso el historiador no había creído necesario dar una historia continuada de la Francia merovingia; destacó ciertos instantes que le parecían particularmente reveladores; por eso Sarmiento, para explicar lo que en la Argentina había ocurrido desde 1810, no narró tampoco él una historia continuada, trazó unos admirables cuadros descriptivos más la biografía de un personaje que no está en el centro del proceso histórico por él examinado.

La barbarie, clave de los modos de vida de los argentinos crecidos en la Pampa, no es entonces un mero ídolo polémico; al caracterizar a los que viven de ese modo Sarmiento no se propone tan sólo injuriarlos. Pero si está dispuesto a admirar el espectáculo de la vida de la Argentina bárbara, no por eso renuncia a su anterior opción en la lucha que divide a su país. Frente a la barbarie se halla la civilización, que para Sarmiento no se resume tampoco en un credo ideológico o político preciso, que es también ella mucho más que eso, que es el modo de vida de las ciudades argentinas (y, muy adecuadamente, cuando se pregunta por qué lucha, Sarmiento no menciona ni a la libertad ni al progreso, se limita a evocar, también ahora, un cuadro; los niños de las escuelas de Buenos Aires, reunidos en la Plaza de la Victoria en el día del aniversario patrio, cantan la canción nacional ante el sol de Mayo que surge; por eso y lo que eso representa, por la civilización situada por el desierto, por eso lucha). ¿Si el retrato penetrante de todo ese modo de vida que es la barbarie va acompañado de la imagen contrapuesta de la civilización, si se afirma que entre ambos mundos sólo cabe la lucha, es porque aquí el hombre de partido ha reemplazado al hombre ansioso de saber cómo es de veras la Argentina? Así se ha dicho a menudo, y la suposición no es indefendible. Pero —se ha visto ya— la concepción de la realidad histórica como lucha sin descanso es un aspecto del historicismo romántico de Sarmiento. Unida a una imagen de esa

realidad histórica que tiende a agrupar los hechos menudos en muy vastas unidades de sentido, remata -del todo de acuerdo con sus premisas- en una concepción del pasado y del presente centrada en el combate sin cuartel de esas gigantescas unidades, que debe concluir por la extinción total de una de las rivales. Y, en efecto, toda la historiografía y la meditación sobre la historia de la primera mitad del siglo XIX se llena del fragor de esos combates más que humanos. Lucha de razas, que atraviesa toda la historia de Francia, y explica desde las guerras de Clodoveo hasta las vicisitudes del ministerio Martignac; lucha entre la Libertad y el Despotismo, que tiene por capítulos a las de Jerjes, a las de Arminio, a las de Blücher; lucha de clases, en que la Burguesía, desde el siglo XVIII hasta el XIX, celebra en cada centuria su victoria siempre provisional sobre la Nobleza; lucha entre el pastor y el agricultor, que reitera cíclicamente el crimen de Cain. Lucha, nos dice Sarmiento, entre la civilización urbana y la barbarie de las provincias pastoras.

Así, la Argentina dividida hasta sus raíces en dos mundos enemigos que nos propone *Facundo* es la expresión, en el lenguaje que una cultura romántica proporcionó a Sarmiento, de la durísima experiencia política que su patria estaba atravesando. Pero lo que esa imagen no proporcionaba era una salida para el trágico desgarramiento de una nación brutalmente escindida; para eso el lenguaje romántico (capaz de describir con hondura inigualada la situación vigente) no tenía nada que sugerir. O si lo tenía: un modo de derrumbe catastrófico, en que se borrasen hasta los vestigios de uno de los mundos en lucha. Pero esa solución -aun en momentos de durísima lucha en que su impaciencia lo llevó a decir y ejecutar cosas terribles- no la aceptó Sarmiento en su literalidad. Por eso, cuando se trataba de proponer soluciones, todo un aspecto de la imagen romántica de la realidad histórica debía ser dejado de lado, y la tercera parte de *Facundo*, en que se traza el programa de un gobierno que podría sustituir con ventaja al de Rosas, se sitúa en un plano distinto de las dos primeras. Su tono es menos épicamente grandioso, más apacible y mesurado, más adecuado para describir ese cúmulo de hechos menudos que, en la Argentina marcada toda ella con el color de la barbarie, señalan el lento ascenso de la civilización. Pero no hay ahora solamente una mayor mesura expresiva; hay unas reticencias y unas cautelas antes ausentes. Sarmiento no habla ya, para sí mismo y para lectores que quieren simplemente entender, de su patria

perdida: habla para sus compatriotas, para los combatientes de la civilización, pero también para los "hicos del desierto", para los caudillos y sus seguidores ya fatigados de guerra y miseria. Habla para ellos, y les propone una tarea común, en la cual participarán esos hombres virtuosos que de pronto Sarmiento ha descubierto entre los adversarios. La tercera parte de *Facundo* no es ya entonces una obra de historia *more romántico*, según la tan aguda caracterización de Américo Castro; es a la vez programa e instrumento de propaganda del reformador político.

La intención de reforma había estado presente ya en la anterior obra periodística de Sarmiento, toda ella orientada a obtener ciertos efectos prácticos. Efectos en los más diversos planos: la enseñanza romántica de que la vida de una sociedad y una cultura forma un todo solidario y organizado tiene como corolario que cualquier cambio en cualquiera de esos planos ha de lograr efectos en zonas muy alejadas de la estructura social o cultural. Por eso el ataque contra una realidad hostil puede darse con mayor eficacia en aquellos aspectos que se creen indiferentes, pero en realidad no lo son. Así, un baile popular que ha durado toda la noche y ha concluido sin riñas puede ser una batalla ganada por la civilización, y Sarmiento redactará el parte de victoria... La lucha de la civilización contra la barbarie adquiere así una amplitud que no habían sospechado los que en el pasado habían buscado reformar sus patrias reformando sus constituciones. Pero esa lucha que se dará en todos los campos de la vida social no será en modo alguno revolucionaria. Su formación había enseñado a Sarmiento a desconfiar de las esperanzas en una *renovatio ab imis* de la humanidad, rescatada por nuevos principios de su pasada servidumbre; veía en esas creencias un eco de la fe ilustrada en una razón y una justicia situadas fuera de la historia. Esa desconfianza, con la cual el historicismo europeo pagaba tributo al clima de reacción posrevolucionaria al que debía por otra parte su rápido triunfo, se fundamentaba además para Sarmiento en los reiterados fracasos de las tentativas de reforma revolucionaria de la realidad hispanoamericana. La reforma ha de realizarse en estrecha alianza con las fuerzas dominantes, en Chile con la oligarquía conservadora que gobierna al país sin blandura. Y, leal a su punto de vista, Sarmiento no actuará en la filas de la oposición liberal, tal como la mayoría de los emigrados argentinos, sino en las del gobierno conservador: en don Luis Montt, figura directora

del partido, que le impone un rumbo moderadamente progresista, encuentra al mejor de sus amigos chilenos.

Esa adhesión al partido en el gobierno es declaradamente oportunistas; si puede serlo tan abiertamente es porque Sarmiento está muy seguro de la justeza política y ética de los motivos de su actitud. Pero su adhesión no es incondicionada: Sarmiento está dispuesto a trabajar junto con una oligarquía que somete a Chile a un poder injusto, pero a trabajar en un sentido determinado. El primer propósito ha de ser concluir con la situación vigente, en que la vida toda de la nación se encuentra encerrada en un grupo estrecho, mientras la gran masa de la población permanece al margen. Es preciso terminar con esa demasiado nítida división de minoría rica y gobernante y mayoría pobre e ignorante, no porque sea fuente de infinitas injusticias sino sobre todo porque es en extremo peligrosa. Mientras Chile conserve esa estructura nacional corre riesgo de caer en cualquier instante en un abismo de barbarie. Para salir de esa situación Sarmiento cree que ha de emplearse ante todo la difusión de la cultura. Pero la cultura, que no será ya de minorías sino de la nación entera, precisa ser severamente podada de todo lo que en ella no se vuelve a la reforma integral de la vida chilena, de todo aquello que sólo se justifica por sus méritos estéticos o especulativos. Éste es el sentido de la actitud de Sarmiento en la polémica sobre lengua y literatura que mantiene en 1842-43 contra Bello y sus discípulos. Si el escaso respeto que siente por los preceptos de purismo lingüístico y neoclasicismo literario que con tanta dignidad (y tanta mayor moderación intelectual de lo que sus adversarios gustan de suponer) sostiene Bello es una de las razones que mueven a Sarmiento a rechazar las objeciones que éste le formula en nombre de la tradición cultural vigente en Chile, es el mismo Sarmiento quien se encarga sin embargo de mostrar cómo el núcleo de la polémica es extraliterario y extralingüístico. No se propone—dice una vez y otra—defender la literatura romántica contra la clásica; su voto va a la nueva literatura "socialista", es decir, vuelta a los problemas de la sociedad en que surgen y dispuesta a sugerir a veces soluciones. La misma actitud explica la campaña de reforma ortográfica que Sarmiento emprendió con tanta energía, y a veces con alguna brutalidad. Aquí también se trata de renunciar a los refinamientos de toda una compleja tradición cultural que se refleja en una ortografía no estrictamente fonética; y de renunciar en homenaje a las masas que irrumpen en el mundo de la cultura, a las que hay que

facilitar el acceso, si no se desea sufrir su nada blanda venganza. La irrupción de masas antes inmóviles en la vida económica, en la vida social, en la vida cultural; he aquí, viene a descubrir Sarmiento, el problema central del siglo. Pero, a la vez que problema, esa misma irrupción puede ser solución a muchos conflictos. Para que así ocurra es preciso orientar y canalizar ese proceso.

He aquí, al cabo de muchos vericuetos en que el pensamiento histórico y político de Sarmiento se ha enriquecido infinitamente en matices e implicaciones, un punto de llegada no lejano del que, tras de un desarrollo espiritual mucho más breve y escueto, alcanzaron Alberdi y Echeverría. También aquí el proceso americano exige la acción de una minoría ilustrada y educadora sobre una masa de discípulos sumisos (y es muy característico que Sarmiento crea preciso depurar y simplificar la cultura de minorías para que las masas puedan absorberla más rápidamente; no crea que sea preciso revisar los fundamentos mismos en que esa cultura se apoya). Hay así, para Sarmiento, una sabiduría libertadora que está por encima de las contingencias de la historia, que no ha de cambiar de orientación ni de sentido cuando cambie sustancialmente el grupo por ella orientado. Este límite no superado por el historicismo de Sarmiento viene a negar a la vez todos los corolarios de ese historicismo: la cultura no es ya el fruto del proceso histórico libre y espontáneo, la creación original de un cierto grupo humano que en ella se refleja es un sistema de contenidos objetivos que es preciso aceptar positivamente. Ese límite se da—no casualmente—vinculado con el límite que la circunstancia hispanoamericana impone a la fe política de Sarmiento: todo pasaje brusco del poder político de manos de la minoría a la mayoría habría de significar, en Hispanoamérica, la catástrofe final de una civilización que en tres siglos sólo ha podido organizar una muy delgada capa de orden europeo sobre el continente conquistado. No se quiera con esto reprochar a Sarmiento una condición que los hechos imponían; sino señalar que no estaba del todo en sus premisas.

Hispanoamérica requiere entonces ser civilizada, es decir, llevada al nivel cultural europeo. En 1845, las repetidas polémicas, y los choques más personales que han llevado a Sarmiento a escribir en *Mi defensa* (1843) su primer ensayo de autobiografía, han creado tales conflictos que cree imposible seguir viviendo en Chile. El gobierno le confía una misión de investigación pedagógica que le permite durante tres años recorrer Francia, Italia, España,

Alemania, Inglaterra, Berbería y Estados Unidos. Primer descubrimiento de un viaje que será fértil en ellos; también Europa necesita ser civilizada, y no sólo en sus porciones menos prósperas y adelantadas; aun Francia, la patria de la libertad y la revolución, impresiona a Sarmiento como un país de servilismo, corrupción y pobreza. Y, lo que es más grave, también en Francia los islotes de civilización están sitiados por la nueva barbarie que la revolución industrial suscita en su marcha, mientras en las aldeas una vieja barbarie, quieta y silenciosa, coloca a la mayor parte de los franceses al margen de la vida nacional. París es sin duda un espectáculo admirable (aunque Sarmiento, lleno de horror provinciano ante el lujo alocado de la capital, encuentre allí tantos motivos de desaprobación como de maravilla), pero la civilización no se mide en la capital, sino en las aldeas, y las aldeas francesas son tales que Sarmiento se cree autorizado a ponerlas junto con las chilenas. Cuando así procede ha descubierto ya la civilización que puede superar triunfante su examen, la que en los Estados Unidos construye el mundo del futuro. La extrema originalidad de la vida norteamericana fue inmediatamente captada por Sarmiento, aun en sus aspectos negativos, que supo sin embargo integrar en una imagen total que les daba sentido y a la vez los justificaba. Los Estados Unidos están construyendo una sociedad igualitaria, no porque todos allí tengan parte igual en la riqueza de la nación, sino porque todos participan en la vida nacional. Mientras el pueblo de Francia no era sino botín inerte disputado por clérigos y nobles en lucha contra banqueros e industriales, en Estados Unidos el pueblo gobierna de veras; mientras en Francia cada colina marcaba el comienzo de un nuevo modo de vestir, de una nueva variedad dialectal, de una manera levemente distinta de vivir, Estados Unidos es una nación unificada en la que las últimas innovaciones técnicas se difunden hasta los más perdidos rincones del territorio, y con ellas van los periódicos y las noticias. Esa sociedad unificada geográficamente lo está también socialmente; los distintos grupos participan en idénticos ideales de vida, y una economía en expansión hace posible que fracciones muy numerosas puedan realizarlos en notable medida. Esa perpetua expansión de la nación norteamericana, en la que se ha visto la causa de su originalidad, es para Sarmiento antes económica que geográfica, no se debe a la presencia de tierras libres sino a la de una actitud nueva en los que las pueblan. Esa actitud adquisitiva, que guía a veinte millones de norteamerica-

nos, se trasunta en una moral nueva, identificadora de virtud y desahogo económico, que ha encontrado en Franklin a su expositor. Una sociedad y una cultura basadas en la búsqueda universal de la prosperidad por medio del lucro no puede sino tener aspectos repugnantes; el nivel medio es cultural y moralmente muy bajo, y Sarmiento no lo oculta. Observa con no disimulada repugnancia las explosiones de religiosidad colectiva, no disciplinadas por ninguna organización eclesiástica jerarquizada; observa con disgusto apenas menor el brusco estilo que rige la convivencia en el Oeste. Señala cómo la búsqueda del bienestar se traduce en una avidez y una falta de escrúpulos que no tienen paralelo. Pero cree que todo ello es el precio necesario para la construcción de una sociedad cuyas creaciones superan ya las de una Europa no liberada de la servidumbre económica y jurídica; cree que el mismo camino deberán emprender en el futuro todas las sociedades. En esa creencia lo confirma el destino de la revolución francesa de 1848, en la que había depositado al comienzo esperanzas muy altas. El fracaso de esa revolución significó, para los pensadores rioplatenses, la adopción de posiciones cada vez más conservadoras; en el pensamiento de Sarmiento el resultado fue algo distinto: la búsqueda de una solución diferente de la revolucionaria y a la vez de la conservadora. En ese sentido Europa nada tiene que enseñar; las enseñanzas las proporcionará Estados Unidos. Lo que el ejemplo norteamericano enseña es que no basta con difundir la instrucción: es necesario difundir la riqueza, y para ello asegurar ante todo, como en los Estados Unidos, tierra para todos.

Esa creencia no quería ser, en Sarmiento, revolucionaria. Y su afirmación se da precisamente cuando Sarmiento se siente más dispuesto a aceptar la realidad argentina tal como los hechos la han configurado, a unirse a sus antes enemigos, a persuadirlos de que quien tantas veces les había sido presentado como un peligroso enemigo de todo orden establecido era, en cambio, un sincero amigo del orden. En esa tentativa se inscribe la segunda obra capital de Sarmiento, sus *Recuerdos de provincia*, de 1850. *Recuerdos de provincia* es, de nuevo, una autobiografía, que se inserta ahora en una magistral evocación del lento proceso en el cual surgió al pie de los Andes ese breve centro de civilización que es San Juan. A ese proceso se vinculan algunos nombres ilustres y muchos oscuros: Sarmiento recogerá en su libro los de aquellos a cuyo linaje pertenece. De esta manera su esfuerzo civilizador es presentado como continuación de un esfuerzo colectivo comenza-

do tres siglos antes: su propia figura es introducida en una galería en la que no faltan ni el conquistador español, ni el clérigo ilustrado que compone tratados de historia natural, y a la vez se entrega a muy atrevidas especulaciones sobre el texto del Apocalipsis, ni los artistas y artesanos que adornaron en San Juan los altares de las iglesias y los muros de las casas. Ante todo ese pasado apenas vivo, Sarmiento muestra ahora mayor comprensión que en años anteriores: la experiencia le ha mostrado qué secretas lagas oculta la civilización europea en cuyo nombre había antes condenado la elaboración por España en América: el ejemplo estadounidense lo lleva además a apreciar mejor un estilo de vida sobrio y provinciano, tal como el heredado del pasado colonial y celosamente conservado por el país imperial que surge en el norte de América. En los enormes esfuerzos y los modestos logros de los tres siglos de vida colonial sanjuanina ve entonces Sarmiento el fondo adecuado para su propia vida; de nuevo aquí, románticamente, un personaje, un episodio, es introducido en una muy vasta unidad que a la vez lo trasciende y le da sentido. Y no es falso que Sarmiento fuese, en efecto, un continuador de esa corriente enraizada en todo el pasado argentino y sanjuanino; porque no lo es, porque Sarmiento siente además en forma inmediata y sincerísima esa vinculación, puede *Recuerdos de provincia* ser una obra maestra; el tono más medurado y como en sordina que adquiere aquí su prosa no desciende nunca a bisbeo falsamente devoto. Pero queda todavía por decir que esa continuación del pasado era a la vez enriquecimiento y corrección; también eso Sarmiento lo sabía muy bien y no lo dijo en *Recuerdos de provincia*. No lo dijo porque quería sobre todo mostrar a sus compatriotas un reformador moderadísimo, inspirado por las enseñanzas de tres siglos de esfuerzos emprendidos por los representantes de una cultura sustancialmente eclesiástica para la ilustración y el progreso de su patria.

En un plano más inmediato, la constante preocupación de tomar en cuenta los datos de una realidad menos modificable de lo que había creído en el pasado se manifiesta de nuevo en *Argirópolis*. Aquí se trata de proponer solución concreta a las internas divisiones argentinas: Sarmiento señala como una de las causas profundas de esa división el desequilibrio de riquezas públicas y privadas entre Buenos Aires, centro del comercio con Europa y dueña de la aduana, y las demás provincias. La solución: llevar la capital federal de la Nación y la aduana, que debe ser poseída en

común por todas las provincias, a la isla de Martín García, que domina la entrada de los ríos interiores. Solución acaso imposible, que tiene en todo caso el mérito de halagar la ambición apenas secreta del general Urquiza, gobernador de Entre Ríos y víctima primera del monopolio aduanero de Buenos Aires. La libre navegación de los ríos para los barcos de todas las banderas, incluida en el programa de *Argirópolis*, no sólo favorece a las provincias interiores, independizando aún más resueltamente su vida comercial de la de Buenos Aires; es una franquicia largamente anhelada por las potencias europeas que tienen comercio con el Río de la Plata, es una necesidad para el Brasil, que sólo a través del sistema fluvial del Plata puede establecer fácil comunicación entre algunos de sus territorios y su capital. Se forma así contra Rosas una amenazante coalición de intereses; y a apresurar ese proceso están destinados casi todos los escritos de Sarmiento en los años últimos de la dictadura rosista. Cuando Urquiza se pronuncia y transforma a su provincia de Entre Ríos en centro de una alianza que comprende a Corrientes, el Paraguay, el imperio brasileño y la sitiada Montevideo, Sarmiento abandona su refugio chileno para prestar sus servicios en la guerra que se avecina. Esa tentativa de colaboración política con un caudillo formado en la escuela de Rosas es el tema de su *Campaña en el Ejército Grande*, que en las páginas que siguen se examinará con mayor detenimiento. La *Campaña* proclama la disidencia de Sarmiento con el orden nuevo que surge en el interior argentino bajo el influjo de Urquiza, orden que juzga demasiado parecido al viejo. La actitud de Sarmiento dio lugar a encendidas protestas, en primer lugar la de Alberdi, que contra la *Campaña* escribe sus *Cartas sobre la prensa y la política militante en la República Argentina* (las llamadas *Cartas quillotanas*) a las que Sarmiento replica con sus *Ciento y una*. El nivel de la polémica es extremadamente bajo: las injurias son enviadas y devueltas por ambos enconados enemigos, descomunales y a veces arbitrarias las de Sarmiento, firmemente calculadas las de Alberdi. Bajo ese arsenal polémico más abundante que depurado es posible buscar la disidencia esencial: Alberdi cree necesario tolerar todavía, en amor a la paz que la Argentina necesita para su progreso, cosas que Sarmiento juzga ya intolerables. En sus *Bases* ha expuesto Alberdi los fundamentos teóricos de este punto de vista: lo que la Argentina necesita, para superar, en una suerte de salto cualitativo, el círculo infernal de miseria y guerras civiles, es la introducción acelerada de capita-

les extranjeros e inmigrantes también extranjeros. Facilitar esa introducción es toda la tarea del futuro gobierno argentino; para facilitarla debe asegurar, aun a precio muy elevado, el orden. Y también la libertad civil y comercial; no la política, que puede provocar turbulencias dañinas. El régimen político que bajo más-cara republicana organice una dictadura heredera de los instrumentos de compulsión creados por el rosismo, orientados ahora por un plan de progreso económico acelerado, es lo que Alberdi llama la república posible. La república posible es, para Alberdi, el único camino que queda abierto a un régimen de libertad en la Argentina, sólo concebible en un remoto futuro en el cual toda la realidad nacional se habrá transformado sustancialmente: entonces, y sólo entonces, a la república posible reemplazará la república verdadera. He aquí el punto de llegada de la involución que bajo el doble estímulo del fracaso de las tentativas de liberar a la Argentina y de la frustración de la experiencia revolucionaria francesa de 1848 sufrió el ideario de la generación de 1837. Sarmiento había recorrido ya demasiado trecho en la misma dirección como para discutir la inspiración del pensamiento de Alberdi; ocurría sin embargo que las conclusiones últimas le parecían demasiado duras de aceptar. Lealtad a sus amigos de las provincias, condenados por Alberdi a sufrir la opresión de los mismos caudillos que antes los habían perseguido en nombre de Rosas; lealtad al pueblo de esas provincias, salvado de las guerras para seguir a los caudillos de siempre en nuevas empresas político-comerciales. El caudillismo adaptado a las nuevas exigencias del comercio con las metrópolis europeas lo conoció Sarmiento en Entre Ríos: monopolios comerciales del gobernador y sus amigos; producción orientada hacia los pingües negocios de exportación; trabajo esclavo de los rehenes de las pasadas guerras... Sarmiento se negó a ver en ello el fruto largamente soñado de veinte años de lucha.

La lucha, entonces, continúa. Buenos Aires se levanta contra Urquiza, y Sarmiento no quiere averiguar con excesiva precisión qué mueve a ello no sólo a los antiguos unitarios sino a los que habían sido dirigentes ilustres de la Federación rosista. En el nuevo Estado de Buenos Aires transcurre hasta 1859 la vida política de Sarmiento. La provincia, más rica que nunca, puede mirar con confianza el futuro, emprender audaces reformas, lanzarse a una carrera de progreso. Sarmiento le sirve en la Dirección General de Escuelas, intenta también realizar el otro aspecto de su

programa, creando una clase numerosa de agricultores propietarios. Obtiene una victoria parcial en el debate entre los propietarios de tierra de Chivilcoy, beneficiarios de donaciones realizadas por Rosas en premio a méritos políticos, y los labradores amenazados de expulsión. En ese confuso debate, en que se superponen oposiciones sociales y políticas, Sarmiento hace oír su dura crítica al régimen de la tierra en Buenos Aires, al latifundio que no deja lugar para el hombre, "que ha nacido en la estancia de cuarenta leguas, que no tiene, andando un día a caballo, donde reclinar su cabeza, porque la tierra diez leguas a la redonda es de uno que la acumuló con capital, o con servicio y apoyo al tirano, y el vago, el porteño, el hijo del país, puede hacer daño a las vacas que pacen, señoras tranquilas del desierto, de donde se destierra al hombre". Pero a esa protesta no pudo seguir una acción sistemática de creación de nuevas condiciones de vida en el campo. El estatuto de la tierra era el apoyo principal de los grupos políticamente y socialmente dominantes; por otra parte faltaba (fuera de Chivilcoy, centro de la entonces diminuta zona agrícola de la provincia de Buenos Aires) un grupo de agricultores decididos a luchar por las reformas que juzgaban necesarias; los "vagos", peones en las estancias de los ricos, no hubiesen aceptado de buen grado un cambio total de vida que los transformaría en labriegos agobiados sobre el surco. Aquí la acción renovadora de Sarmiento encuentra bien pronto su límite.

Porque advierte y acata este límite, Sarmiento puede todavía realizar una carrera política impensadamente brillante. Seguidor de la causa de Buenos Aires, cuando ésta se impone en Pavón y toca a Mitre reorganizar el país, llega a ser gobernador de San Juan, resistido allí como introductor de la pretensión entonces novedosa de cobrar impuestos también a los ricos. Complica además su situación un conflicto con el clero local, y por otra parte su acción de gobierno es interrumpida por la rebelión del Chacho, caudillo de los Llanos de la Rioja, contra el cual dirige Sarmiento la guerra con energía cercana a veces a la ferocidad. La representación diplomática en los Estados Unidos le es entonces conferida como medio de una honorable retirada. De Estados Unidos vuelve Sarmiento para ser presidente de la República; obtiene la victoria electoral pese a no contar con la simpatía del presidente Mitre. Su presidencia (1868-1874) está marcada por el fin de la costosa e impopular guerra del Paraguay, por las rebeliones de López Jordán, que se alza con el poder en Entre Ríos tras del asesinato de Ur-

quiza por los rebeldes. La guerra contra López Jordán es de nuevo conducida con extrema dureza. En medio de esas conmociones logra Sarmiento realizar una obra considerable: progreso de la enseñanza elemental y la cultura, avance de las comunicaciones y construcción de líneas troncales de ferrocarriles. Al abandonar el poder, logra imponer, contra Mitre, a su candidato Avellaneda... Pero su estrella política se apaga rápidamente: con Avellaneda entrar a dominar las oligarquías provinciales, vencidas dificultosamente por Mitre; el sucesor de Avellaneda, el general Roca, logra unificar a esas oligarquías con las que domina en Buenos Aires, y crea un gran partido que las representa a todas, el Autonomista Nacional. Bajo su égida la vida política argentina alcanza niveles de probidad e independencia de criterio insólitamente bajos; el proceso es acelerado por el influjo de los representantes de capitales extranjeros dispuestos a obtener de cualquier manera condiciones favorables para sus intereses. Sarmiento lucha como puede contra todo ello; en 1876 apoya la formación del partido Republicano, con los sectores más populares del autonomismo porteño; hasta el fin de su vida lleva una lucha durísima contra el presidente Juárez Celman, conculcado de Roca al que ha sucedido en el poder en 1884.

En medio de ese vertiginoso proceso, las seguridades que estaban en la base de la acción y el pensamiento de Sarmiento comienzan a vacilar. En el prólogo a la última de sus obras capitales, *Conflicto y armonías de las razas en América* (1883), fija Sarmiento, en pocos trazos penetrantes, la imagen de la Argentina surgida en treinta años de progreso:

... en toda la América española y en gran parte de Europa, no se ha hecho para rescatar a un pueblo de su pesada servidumbre, con mayor prodigalidad, gasto más grande de abnegación, de virtudes, de talento, de saber profundo, de conocimientos prácticos y teóricos. Escuelas, Colegios, Universidades, Códigos, letras, legislación, ferrocarriles, telégrafos, libre pensar, prensa en actividad, diarios más que en Norte América, nombres ilustres... todo en treinta años...

"El resultado de ese largo trabajo léalo usted veinte años después, en un trocito que en letra bastardilla, saluda al joven General Presidente que visita una ciudad del Interior. Llámase *El Oasis* el diario que nos sorprende con que 'El Presidente tiene lo que a muy pocos, o mejor dicho, lo que a él solo, a fuerza de virtudes, le ha sido dado alcanzar: un altar en cada corazón'.

"Lo que es la virtud anda a caballo en nuestros países; y sin duda de verla en ferrocarril se han admirado en San Luis, donde de paso diré a usted que está destacado un hermano del Presidente virtuoso, con un batallón de línea para mantener el entusiasmo"... En nuestros países, Sarmiento había creído largamente que a la Argentina había sido concedido un destino excepcional en Hispanoamérica, que en ella se erigía una isla de civilización europea en medio del mar de barbarie indígena del general Roca, y su quieto orden dorado, con el México del General Díaz, con la Venezuela de ese otro Presidente virtuoso, Guzmán Blanco, viene Sarmiento a admitir que ha perdido ya toda confianza en el destino nacional. La pérdida de confianza en un destino que él mismo había contribuido a forjar exigía una revisión de los instrumentos empleados en la fracasada tentativa: de la política seguida, pero sobre todo de las ideas que habían guiado esa política. Este examen lo emprende Sarmiento en su nuevo libro; pero no admite que haya de llevarlo a una total revisión de sus anteriores puntos de vista. *Conflicto*, nos dice, es el *Facundo* llegado a la vejez; el *Facundo* no rectificado, sí enriquecido por una experiencia más compleja, y ante todo por una cultura menos incompleta.

Este segundo aspecto es el más fácilmente advertible en *Conflicto*; Sarmiento por una vez ha querido documentarse, ha acudido con tremula veneración a las lumbreras del positivismo triunfante; este anciano ha emprendido, con docilidad casi patética, la renovación de todo su mundo cultural. El fruto de tanto esfuerzo no fue sin embargo brillante, y no faltan quienes reprochen a causa de ello a Sarmiento el haber trocado a Herder por Taine y Buckle. Es preciso advertir que en ese cambio no había tan sólo respeto a las nuevas modas intelectuales; en el determinismo positivista halló Sarmiento expresión adecuada para la desazón ante su fracaso. El anciano que "ha llevado sesenta años, padeciendo, sufriendo aun en las situaciones más altas, para que otros gocen..." y se ve arrojado al margen de ese mundo que quiso mejorar, halla ahora un amargo consuelo en las teorías que le dicen que todo ese esfuerzo estaba de antemano condenado al fracaso, no atribuible a sus errores personales, sino a ciertas inevitables fatalidades. La teoría de la raza viene a contraponer en Hispanoamérica la herencia indígena de servidumbre y retraso y el legado blanco de libertad y progreso. Las guerras de Independencia han puesto fin al precario equilibrio entre ambas razas, y las convulsiones posteriores son trasunto del nuevo predominio

de los aborígenes. Pero Sarmiento no se resigna del todo a creer que esas fatalidades son en efecto fatales. En alguna parte ha leído que la capacidad craneana de los franceses no ha cesado de crecer desde el siglo XII: sólo la Inquisición ha logrado detener un proceso paralelo en España. Así, contra el testimonio que declaraba inapelable de la ciencia positiva, Sarmiento quiere seguir esperando en el futuro: los procesos biológicos de los que espera la salvación de su América requieren más tiempo que los cambios históricos que antes invocaba. Entre la desesperación y la esperanza se urde la trama de *Conflicto*, su mensaje es por lo tanto trabado y no siempre coherente.

En todo caso, si la experiencia personal y nacional en los treinta años que siguen a Caseros y la nueva boga del positivismo han logrado desintegrar las convicciones sobre las cuales había conducido Sarmiento su vida, no han conseguido en cambio reemplazarlas por otra nueva, positiva o negativa. El mejor Sarmiento es, en estos años últimos, el que a pesar de todo sigue las seguridades de su juventud. Así en las dos campañas que llenaron sus últimos años: la polémica sobre inmigración, la polémica sobre enseñanza laica.

En la primera nos presentará de nuevo una imagen de la extraña Argentina surgida de treinta años de progreso. He aquí a la República sin ciudadanos; los extranjeros mercan, los extranjeros explotan las riquezas de la nación, dejan a los que en ella nacieron las ingratas tareas de la administración. Pero de inmediato Sarmiento corregirá esta imagen: he aquí a una nación entera, con sus órganos de actividad económica y social, gobernada por una minoría ignorante y holgazana. Ambas imágenes son sustancialmente justas: ambas tienen su clave en la actitud de los extranjeros frente a la Argentina. El extranjero es un ser escindido; un mero hombre económico triunfa en Buenos Aires, mientras escrupulos morales e inquietudes culturales quedan en el centro de otro hombre fantasmagórico, clavada su vista en cualquier perdida Jerusalén, en cualquier aldea de Europa. He aquí una actitud profundamente errada; y las reconveniones a menudo agrias de Sarmiento se dirigen a persuadir a los extranjeros de que deben advertir cómo su vida, su vida toda, esa red de esperanzas, deseos y temores con que se teje, se ubica, ya para siempre, en la tierra que han venido a poblar. Así, la conclusión última de estos escritos a menudo desesperadamente pesimistas no es de ningún modo desesperada: es un llamamiento a la acción, y a la acción

política. Frente al país legal, vacuo y corrupto Sarmiento quiere ahora levantar un país real, el país que produce en el esfuerzo, y debe también gobernar... Hasta tal punto, en el momento más oscuro de su trayectoria política, seguía creyendo Sarmiento en la posibilidad de rectificar el rumbo tomado por la Argentina.

La polémica sobre enseñanza lleva a Sarmiento aún más cerca de sus orígenes románticos. La oposición entre el nuevo Estado y la vieja Iglesia en torno a la escuela no es, para él, oposición entre la ciencia y la superstición, ni lucha mortal entre dos potestades políticas, ni, tal como la concibieron los mejores entre los que lucharon a su lado en esa hora, lucha entre dos concepciones éticas. Para Sarmiento la oposición vuelve a ser de enteros modos de vivir; el abstracto ideal de unidad de la fe toma cuerpo: es Córdoba, la ciudad ya evocada en *Facundo*, la Pompeya en que sobrevive el orden colonial. La ciudad respetuosa de las debidas jerarquías, en que los blancos tienen su virgen a la que prestar devoción, y las gentes de color la suya, resignada, como es justo, a quedar en segundo lugar en todas las procesiones. ¿Se quiere una Argentina modelada sobre Córdoba? Ése, y no otro, es para Sarmiento el verdadero problema...

Así, entre las persuasiones de su obstinada esperanza, que le permitía seguir creyendo en aquello que había sido la fe de su madurez, y momentos de desesperación en que ya no podía creer en nada de eso, y no sabía hallar nada con que reemplazarlo, transcurrió la vejez de Sarmiento. Pero acaso esa vejez haya sido menos sombría y atormentada de lo que todo esto sugiere: si Sarmiento no era ya una figura política importante, era en cambio la imagen venerable de un pasado tan cercano y sin embargo casi mítico. El gobierno al que atacaba con pluma mordaz lo cubría de honores; a cambio de la influencia efectiva de la que lo había privado, le encargaba de vagos proyectos de acción cultural hispano-americana, votaba, por ley del Congreso, la edición nacional de sus obras completas. Y el anciano de energía indomable recibía con gula nunca satisfecha esos honores; así nos lo ha mostrado Groussac, en una página malignamente penetrante, vuelto sobre su propia gloria, dispuesto a gozarla, lleno de vitalidad inexhausta aun al borde de la muerte, sin que la desaparición de un amigo muy querido le inspirase ni congoja ni inquietud ninguna; seguro de que la vida no habría de traicionarle... Así se ha mostrado Sarmiento a sí mismo, en una página tardía, orgullosamente afirmativa:

"Nacido en la pobreza, criado en la lucha por la existencia, más que mía, de mi patria, endurecido por todas las fatigas, acometiendo todo lo que creí bueno, y coronada la perseverancia por el éxito, he recorrido todo lo que hay de civilizado en la tierra y todos los honores humanos, en la modesta escala de mi país y de mi tiempo; he sido favorecido con la estimación de muchos de los grandes hombres de la tierra; he escrito algo bueno entre mucho indiferente; y sin fortuna, que nunca codicié, porque era bagaje pesado para la incesante pugna, espero una buena muerte corporal, pues la que me vendrá en política es la que yo esperé, y no deseé mejor que dejar por herencia millares en mejores condiciones intelectuales, tranquilizado nuestro país, aseguradas las insituciones y surcado de vías férreas el territorio, como cubiertos de vapores los ríos, para que todos participen del festín de la vida, de que yo gocé sólo a hurtadillas."

Su muerte fue, en efecto, su apoteosis. Falleció en Asunción del Paraguay; sus restos, llevados a Buenos Aires, fueron saludados a su paso por el Paraná por las poblaciones de ambas riberas. Toda la prensa nacional cesó por un día su publicación: un único diario, en un número único, evocó la figura del gran desaparecido. Tocó al presidente Juárez Celman, favorecido de la oligarquía que había apartado brutalmente a Sarmiento de la cosa pública, presidir el duelo nacional.

*

La vida de Sarmiento se cierra así bajo un signo irónicamente ambiguo, y a medida que el tiempo la coloca en nueva perspectiva se advierte mejor lo que en ella hay de irremediable fracaso. Siempre quedan vivas, sin duda, las grandes orientaciones que Sarmiento quiso imponer al destino de su país. Pero también éstas pierden irremediablemente vigencia, precisan a cada paso ser corregidas o reinterpretadas. El esquemático Sarmiento que luchó contra la barbarie es entonces un recuerdo cada vez más desvaído. Mas no por ello disminuye el lugar que Sarmiento ocupa en el pasado argentino. Un examen más libre permite descubrir todo lo que en su pensamiento se aparta de las grandes consignas que pretendidamente lo resumen. Esa nueva manera de leer a Sarmiento permitió descubrir también algo más: que el pensador era a la vez un gran escritor. El descubrimiento es reciente, y trajo consigo su sorpresa. Sarmiento, para sus contem-

poráneos, era ante todo el político que ruidosamente llenaba la escena nacional. La generación sucesiva, la que intentó crear una literatura argentina como sector independiente dentro de una vida cultural a la que sólo la especulación podría poner a la altura de los tiempos, vio en Sarmiento un ejemplo de lo que no debía imitarse: la tendencia recibida a invadir los campos más diversos, y -se suponía- a fracasar irremisiblemente en todos ellos. Todavía ha de surgir un nuevo Sarmiento: para Lugones, por ejemplo, lo que en Sarmiento ha de interesar es sobre todo el hombre, no como realizador político y literario valorable en sus obras, sino como lujoso espectáculo de energía bullente, tal como lo sabía apreciar, en un acto de captación a la vez estético y moral -y en ambos aspectos bastante ambiguo- el gusto decadente que entraba a imperar. Sin duda, para comprender adecuadamente al Sarmiento escritor fue preciso dejar de lado todas esas imágenes escasamente fieles. Pero la sorpresa no nació de que Sarmiento no se pareciese a esas imágenes ya abandonadas; nació de que Sarmiento no sólo se colocaba por encima, sino también al margen, de la corriente dominante en la literatura argentina.

A esa literatura -ha dicho un excelente escritor argentino de hoy- no le falta medida, le falta fervor. Toda intimidad sentimental nos es negada -o cuando nos es concedida advertiremos en seguida que es falsa y hechiza-; un cierto pudor parece impedir al artista entregarse en su obra. ¿Un cierto pudor solamente? Se pregunta uno si el artista se conoce lo bastante como para representar su propia intimidad, si domina sus instrumentos expresivos con seguridad suficiente para poder expresar esa intimidad en el tono justo. Esa pregunta surge casi necesariamente, por ejemplo, ante la poesía de un contemporáneo y en algunos aspectos maestro de Sarmiento, de Echeverría. Hay en ella sin duda limpidas descripciones de paisajes, grupos humanos dibujados con precisión, y sus movimientos los hallaremos registrados en trazos vivaces. Pero apenas Echeverría quiere mostrarse efusivo es la catástrofe: lugares comunes laboriosamente rimados. En la limitación se muestra el maestro; y algunas obras grandes de la literatura argentina han nacido del sabio atenerse a un límite al parecer infranqueable; así el *Martín Fierro*, falsa poesía popular, admirable poesía casi abstracta, toda de reflexión y discurso, sentimentalmente tan huraña... En todo caso esta casi constante de la literatura argentina no es válida para caracterizar la obra de Sarmiento, y quizás por eso sus contemporáneos la vieron como

una pura desmesura; sencillamente obedecía a una ley distinta, menos estrecha pero acaso no menos estricta que la que regia las obras de sus contemporáneos.

Que la obra de Sarmiento no es solamente un caos de desafortunadas imprecaciones es sin embargo cosa evidente; ya Groussac, que no sentía por Sarmiento simpatía ninguna, advirtió muy justamente cómo a veces en su prosa el tono desciende hasta hacerse casi inaudible, y no es en estos momentos cuando Sarmiento logra conmovernos menos. El mismo Sarmiento no ignoraba que era capaz de manejar una gama tonal insólitamente amplia; de ello se ha jactado en un pasaje célebre. Esa riqueza expresiva traducía sin duda un alma rica en afectos (pero a la vez capaz de liberarse de ellos, de ponerlos —si así puede decirse— a una cierta distancia; también Groussac se ha encargado de hacernos saber que si Sarmiento parecía vibrar simpáticamente ante la ajena emoción, en el testimonio de quienes bien lo conocieron, en rigor “nunca quiso a nadie”). La traducía sin embargo demasiado bien para que la mera riqueza de contenido bastase para explicar la maestría con que ese contenido era expresado. En la prosa de Sarmiento no sólo se revela un alma más rica que las de sus contemporáneos rioplatenses; se manifiesta además un distinto ideal de estilo, fruto de una formación literaria también diferente.

Si buscamos la capa más profunda y sólida de las sucesivas que entran en la formación literaria de un porteño culto y letrado, aunque se dijera romántico, hallaremos al setecientos español (Mariquita Sánchez, la madura Egería de nuestra generación romántica, no creyó necesario nunca ocultar su predilección por Moratín). Con la gran tradición de la literatura española la ruptura era total: Echeverría la conoció tan sólo cuando era culturalmente un hombre hecho, y quiso mejorar su estilo lleno de galicismos, y para ello se dedicó a copiar frases que le parecían dignas de imitación en ciertos autores del Siglo de Oro. Gusto setecentista con todo lo que él implica: mesura expresiva, tono convencional, huida de sentimientos y situaciones extremas, que obligarían a emplear un diapasón demasiado elevado. Esa moderada jovialidad de buena compañía, resuelta a decir tan sólo lo decible sin forzar el tono, falta por completo en Sarmiento. He aquí una consecuencia muy lejana del divergente destino histórico del litoral y el interior argentinos: no sólo en su fortuna comercial y demográfica Buenos Aires era hija del siglo XVIII.

En Sarmiento la capa más honda no la proporcionan Moratín ni Jovellanos, sino una arcaica cultura eclesiástica y escrituraria; a través de una literatura demasiado resueltamente vuelta hacia la práctica para que el problema del estilo ocupara en ella lugar importante, Sarmiento alcanzaba acceso a la tradición de la prosa española del Siglo de Oro, y ese vínculo se daba natural e indeliberadamente; para Sarmiento ese estilo no comenzó por ser uno de los que podría adoptar, era, sin más, el modo como se escribía español.

Así, antes de ponerse a buscarla, tuvo ya Sarmiento una tradición a que acogerse. Sólo que no es el único que se halla en esa situación, y si entramos en contacto con la obra de algunos de sus contemporáneos incorporados a esa tradición nos preguntaremos si han ganado algo con seguirla; hasta tal punto las formas heredadas del pasado literario español parecen inadecuadas para expresar lo que un hombre del siglo XIX puede querer decir. Ahora bien, si llegamos a esa conclusión no haremos sino coincidir con Sarmiento, que juzgó inutilizable todo el legado cultural español, todas sus formas y todos sus contenidos, y en cambio de sus ejemplos arcaicos propuso nuevos modelos (y fue en esto lo bastante radical como para proclamar, por ejemplo, que en historia de la piedad Chateaubriand ocupaba un lugar mucho más alto que Santa Teresa). De esta manera la tradición heredada es inmediatamente recusada; esta actitud hace suponer una lucha entre dos inspiraciones distintas, que no se advierte en Sarmiento ni en cuanto a las ideas ni en lo que toca a las formas de expresar esas ideas. Entre la tradición en la que se ha formado y la que adopta, Sarmiento no vacila nunca; en rigor tampoco cree necesario elegir entre ambas; se ciñe a subordinar la antigua a la nueva. Así, su buen conocimiento de la *Escritura* le sirve por una parte para examinar, con criterios que acaso los que lo iniciaron en el libro santo no hubiesen aprobado, el testimonio de una civilización remota, y todavía para expresar, en metáforas que el uso secular ha tornado venerables, una concepción de la historia que es en cambio moderna.

Cuando se trataba de elegir un estilo el acuerdo se podía hacer aún menos difícilmente: en efecto, Sarmiento no atribuyó nunca importancia grande a su tarea literaria, y se negó a considerarla desde cualquier punto de vista que fuese más allá de su eficacia práctica inmediata. Pero el problema que sigue planteando el estilo de Sarmiento no es precisamente éste; podemos entender muy

bien que un hombre no preocupado demasiado por él haya seguido a la vez los ejemplos que conoció en su formación primera y los que se le revelaron luego. Pero todavía es necesario aclarar cómo, partiendo de inspiraciones entre sí tan alejadas, el escritor Sarmiento, sin esforzarse en ello, pudo alcanzar un tono unido. Para que eso fuese posible era necesario que la tradición recibida y la nueva encuentren ciertos puntos de coincidencia. La encuentran en lo que Sarmiento busca en ambas, y que ambas pueden otorgarle: enseñanzas formales para un modo de escribir que es predominantemente oratorio. Oratoria es la prosa de Sarmiento no sólo en cuanto el momento de la comunicación prima en ella sobre el momento de la expresión. Lo oratorio significa, además, en Sarmiento, una manera de entrar en comunicación que se contraponen a la del estilo conversacional del setecientos. Esa diferencia se vincula acaso con la peculiar situación de Sarmiento en los ambientes en que actúa, a los que es por su origen un extraño; en todo caso se traduce en una serie de preferencias expresivas en las que vienen a coincidir las enseñanzas tradicionales y las novedades de la prosa prerromántica y romántica; con su tío José de Oro vislumbró Sarmiento un ideal de elocuencia "concisa y llena de sensatez", que era sin embargo heredera a la vez que crítica de una tradición secular de elocuencia sagrada, dispuesta a poner alguna sobriedad en su ornada abundancia, no a renunciar a hablar a los hombres desde lo alto del púlpito, con la gravedad que ello impone. Poner al lado de esas enseñanzas las que Sarmiento recibió de su tan leído Villemain, de Guinet, de Tocqueville, puede tener algo de arbitrario, pero también en ellos sobreviva una tradición de prosa elocuente que era utilizada una vez para decir cosas muy nuevas.

Ese doble origen tiene entonces la preferencia de Sarmiento por el párrafo abundante, articulado y complejo, que avanza con lenta majestad y rompe en un sonoro efecto final o viene a morir en una prolongación de ecos en sordina. Pero ese delicado organismo, no fácil de manejar, cuyos compromisos los contemporáneos argentinos de Sarmiento buscaron prudentemente esquivar, no era tan sólo el fruto de una doble corriente de tradición y renovación, aquí coincidente. Era la expresión más adecuada para un pensamiento también él complejo y articulado, y como sumergido en los aspectos parciales de la materia por él iluminada: por lo tanto su abundancia no es nunca vacía, y todo desfallecimiento del pensar se traduce de inmediato en un derrumbe del complejo

aparato expresivo: apenas ese curso de ideas rico en meandros y bruscas vueltas llega a quebrarse, la frase de Sarmiento se llena de cabos sueltos...

Así el párrafo amplio y lento responde al ritmo natural con que piensa y escribe Sarmiento, y una vez y otra ese esquema expresivo tan exigente es llenado de contenido hasta desbordar. Y aun esas formas tan amplias parecen correr riesgo de ser forzadas desde dentro, anquiladas por unos contenidos que en ellas no caben. La suposición es a veces justa, más a menudo errada: vistos más de cerca, los más encrespados párrafos de Sarmiento están mejor ordenados de lo que a primera vista parece. Esto se advierte ante todo en los pasajes de gran efecto, como el que abre el *Facundo*, la invocación célebre a la sombra ensangrentada de Quiroga: "¡Sombra terrible de Facundo! voy a evocarte, para que sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones que desgarran las entrañas de un noble pueblo". Así la invocación se resuelve en lo que otro autor más rutinario hubiese llamado probablemente "idea de la obra", en un resumen de lo que Sarmiento se propuso al escribir *Facundo*.

La efusión violenta o patética no quiebra así el discurso, se integra en su flujo. Así de nuevo en la historia lamentable de Severa Villafañe, en cuyo remate Américo Castro halló la exaltada concisión de las leyendas que ponía Goya a sus *Caprichos*: "¿No hay quien favorezca a esa pobre niña?. Que, en efecto, tierra muy bien la historia de las humillaciones que sufre la Severa a manos de su salvaje adorador. Pero pongamos la frase en su contexto. La última hazaña de Quiroga; sorprende a Severa "en el patio de su casa, la agarra de un brazo, la baña en sangre a bofetadas, la arroja por tierra, y con el tacón de su bota le quiebra la cabeza". Y aquí la exclamación: "¡Dios mío! ¿No hay quien favorezca a esa pobre niña? ¿No tiene parientes, no tiene amigos? ¡Sí tall! Pertenece a las primeras familias de la Rioja, el general Villafañe es su tío, tiene hermanos que presencian estos ultrajes, hay un cura que le cierra la puerta cuando viene a esconder la virtud detrás del santuario". La punzante concisión del llamado a la piedad no desaparece, se disuelve en algo más complejo: se trata de mostrar la ley secreta de los gobiernos tiránicos. Mas no por eso la exclamación es retórica; Sarmiento siente todo el desamparo de esa muchacha sola en medio de sus aterrorizados parientes, pero no se limita a sentirlo; quiere, además, encontrar una explicación, y

para ello refracta su sentimiento a lo largo de un período complicado y sinuoso.

La unidad de un discurso que no quiere ser quebrado impone a la vez una cierta unidad de tono, en la que deben armonizarse las ocasionales discordancias. De la gravedad un poco solemne, que podría ser monótona, de su discurso Sarmiento sabe admirablemente sacar provecho: basta la más pequeña inflexión, el mínimo titubeo, en seguida resuelto, para que esa gravedad se llene de emoción contenida. Así en el capítulo, célebre entre todos los de *Recuerdos de provincia*, sobre *El hogar paterno*. A través de ese relato la madre de Sarmiento ha llegado a ser en la Argentina un casi mito nacional. Pero para imponer triunfalmente a generaciones de lectores su emoción Sarmiento no ha necesitado hacerla irrum-pir explosivamente en el discurso; por el contrario, la ha contenido a lo largo de todas estas páginas, que reciben de ello su tono algo sordo, y por eso mismo conmovedor. ¿Se recuerda el comienzo?: "La casa de mi madre, la obra de su industria, cuyos adobes y tapias pudieran computarse en varas de lienzo tejidas por sus manos para pagar la construcción, ha recibido en el transcurso de estos últimos años algunas adiciones que la confunden con las demás casas de cierta medianía." He aquí, de nuevo, la regularidad simétrica y un poco adornada del período. El ritmo lento, con el final apagado que requiere una continuación, revela cómo Sarmiento comienza aquí un desarrollo narrativo que desenvolverá sin prisa, en el cual la evocación primera ha de integrarse. La imagen inicial, en la que se apoya sin embargo toda la carga emotiva del pasaje, es introducida tímida y gradualmente, explicada luego hasta la saciedad; su módica audacia es inmediatamente amonestada por el tono frito y despegado de lo que sigue. Pero la compostura amplia del ropaje con que Sarmiento envuelve su pensamiento revela fielmente las mínimas inflexiones de ese pensamiento, a la vez que pone en primer plano su articulación, tan rica en resonancias. Aquí el tono objetivo con que se alude a las transformaciones exteriores de la casa, que realiza la transición entre la evocación inicial y la narración de ritmo lento y amplio que ha de seguir, no sólo realza la modesta metáfora que precede: anticipa muy bien lo que vendrá luego, da a entender que lo que va a narrarse vale ante todo para la ternura nostálgica de quien lo ha vivido y lo evoca.

Ese fluir del discurso está entonces en Sarmiento organizado en una estructura a veces extremadamente ramificada, siempre

sólidamente trabada. La prosa sarmientina se sitúa así antes de las tentativas de liberación de los medios expresivos que en el ámbito hispánico serán introducidas por el modernismo. Por eso los intentos de presentar a Sarmiento como precursor de esas experiencias son extremadamente frágiles; la vivacidad de algunas descripciones, que parecen traducir inmediatamente, sin organizarlas, las impresiones del escritor puede invitar sin duda a comparaciones con lo que se hizo años más tarde. Pero la comparación misma revelará de inmediato las diferencias. He aquí uno de los pasajes en que más lejos ha ido Sarmiento en este sentido; se encuentra en *Recuerdos de provincia*, en la biografía del obispo Oro; Sarmiento evoca allí a su ciudad cuando, tras de la derrota, espera la luz del sol parece opaca, y se aguja instintivamente el oído para escuchar rumores que se espera oír a cada momento, como ruido de armas, como tropes de caballos, como puertas que despedazan, como alaridos de madres que ven matar a sus hijos."

Si queremos ver aquí un ensayo de estilo impresionista hallaremos en todo caso que Sarmiento ha estado muy tímido. Pero en rigor no hay tal ensayo: la modesta metáfora inicial es denunciada muy honradamente con un *parece*; la enumeración de los ruidos esperados y temidos, a primera vista caótico sucederse de impresiones, está regida por la previa mención de aquellos que aguzan el oído a la espera, y no es por otra parte una yuxtaposición de hechos aislados, dibuja rápidamente, en sus etapas sucesivas, todo el proceso de conquista y saqueo de una ciudad vencida. Pero, sobre todo, lo que hace que aquí no haya intento alguno de estilo impresionista es la actitud esencial de Sarmiento, que no se interesa en contemplar y traducir en palabras un espectáculo, que quiere todavía entenderlo, y para ello no ver en él una sucesión caótica de apariencias, sino el manifestarse de una cierta estructura de la realidad.

Las preferencias expresivas se corresponden así, en Sarmiento, con todo un modo de ver, de sentir, de pensar, a cuyo servicio viene a colocarse esa manera oratoria recogida a la vez de una remota, casi agónica tradición española y de otros ejemplos más recientes. La gravedad un poco solemne, acompañada a veces hasta bordear la monotonía, es adecuada a quien ve en cada objeto, en cada hecho infimo, un segmento siempre significativo de una muy vasta unidad de sentido, a quien confiere por lo tanto dignidad de historia a cuantas peripecias acontecen en torno suyo. La varie-

dad regida y ordenada de un discurso ramificado y complejo, pero no quebrado, nos devuelve a su vez a una imagen de la realidad, sensible a toda su complejidad irreductible (que es captada gracias a unos modos de conocimiento en los cuales la sensibilidad y aun la pasión tienen su parte), pero capaz a la vez de integrar esa misma complejidad, es decir, de conocerla históricamente, como revelación y momento de un proceso cuya imagen unitaria sólo puede ser elaborada por la razón: he aquí cómo esa razón que se sumerge en el curso turbio y confuso de la historia sigue sin embargo dominándola. De esta manera la magnificencia de la prosa rica y compleja de Sarmiento da a su modo testimonio de su fe más honda, y el romanticismo del escritor Sarmiento no se resuelve en un problema de gusto o de influjos y tradiciones: nos remite a cada paso al romanticismo del pensador.

LA CAMPAÑA EN EL EJÉRCITO GRANDE

Este acorde de forma y contenido, fruto de la coherencia alcanzada por el pensamiento de Sarmiento, caracteriza las grandes obras de la madurez: *Facundo*, *Viejos*, *Recuerdos de provincia*. Luego se produce algo que no sabríamos cómo llamar sino desintegración: desintegración en primer lugar de la fe que Sarmiento había puesto en las soluciones por él elaboradas para su país, que no resiste sin daño a la confusa experiencia política que se abre en 1852 con la caída de Rosas. Desintegración también formal, vinculada no menos que con la anterior con esa creciente absorción de Sarmiento por una vida periodística extremadamente activa y agitada. Esa desintegración ha comenzado ya cuando Sarmiento se pone a escribir su *Campaña en el Ejército Grande*.

El libro nació de un proceso más complicado (y más confuso) de lo que es habitual en Sarmiento. Cuando, a fines de febrero de 1852, Sarmiento se alejaba de Buenos Aires tras de advertir que su colaboración con Urquiza era imposible, sin duda se proponía ya extraer públicamente las enseñanzas de la experiencia para él decisiva que acababa de atravesar. Así comenzó la redacción de la *Campaña*, en horas particularmente difíciles, desterrado por segunda vez de su patria, dejado al parecer al margen de un proceso histórico que se había creído llamado a dirigir, debatiéndose contra su duro destino sin ser sostenido por esa serena fe en el

futuro que creyó oportuno ostentar en la *Campaña*. Tampoco se resignaba, por cierto, a la pura contemplación de los hechos, ni se abstuvo de influir en ellos como podía (por el contrario, ya en el barco que lo alejaba de Buenos Aires intentó planear una nueva cruzada libertadora, esta vez dirigida por el general Mansilla, el cuñado de Rosas que se había trocado en su compañero de destierro). Pero precisamente la alocada audacia de esos planes muestra que Sarmiento advertía muy bien que otros modos menos aventurados de participar en la vida política argentina le estaban nuevamente vedados. En esas circunstancias publicó en Río de Janeiro la primera parte de la *Campaña*, una escueta transcripción de documentos justificativos de su conducta y acusatorios de la de Urquiza, que tituló *ad memorandum*. Una segunda entrega, en la que iba un prólogo explicativo y una carta a Mitre, publicada también en Río de Janeiro, fue reproducida en Buenos Aires por las prensas del *Nacional*. A ello siguió el retorno de Sarmiento a Chile, las primeras disidencias dentro de la emigración argentina, la casi inesperada confirmación de las previsiones sobre el fracaso de Urquiza que significó la secesión de Buenos Aires y la constitución de una Confederación Argentina decapitada. Entonado por ese amargo triunfo, Sarmiento publicó, a fines de 1852, la tercera entrega de la *Campaña*, en la que el cuerpo narrativo de la obra iba precedido de una carta dedicatoria a Alberdi, que Sarmiento, poco ducho en el arte de insinuar pérfidamente, llenó de lo que él creía alusiones escondidas, y eran injurias muy directas al destinatario de la dedicatoria: la más grave, la de cobardía, motivada en el sùbito alejamiento de Alberdi y Juan María Gutiérrez (ahora también el partidario de Urquiza) de Montevideo al comenzar el sitio. A la dedicatoria seguía una advertencia, llena de alusiones también transparentes y también violentamente hostiles al "querido Alberdi". Pero si volvemos la página hallaremos algo mucho más apacible de lo que anuncian estos tempestuosos prolegómenos. Comienza allí un relato, lento y marcado por las necesarias pausas, tal como los sabía hacer tan bien Sarmiento. Y encontraremos a lo largo de ese relato muchas páginas penetrantes y coloridas que recuerdan a *Facundo*, y, más todavía, a *Viejos* (así las que escribe acerca de Montevideo, o de los soldados de Rosas). Sólo que, a través de todo ese lento avance, no advertimos muy bien a dónde se dirige Sarmiento. Esa perplejidad la sintieron ya quienes primero leyeron la *Campaña*. Sin embargo, el propósito deliberado del libro no está de ningún

modo oculto: quiere ser a la vez un documento y un alegato; exponer cuáles eran los motivos por los cuales era imposible colaborar con el general Urquiza. Y para mostrar todo eso Sarmiento no encontró cosa mejor que narrar su tentativa de cooperar con el caudillo entrerriano, y los miserables resultados alcanzados en ella. ¿Era el modo adecuado para exponer las razones de su actitud? Las muestra sin duda suficientemente, pero no las ordena ni las jerarquiza; ésta es sin duda la razón primera por la cual la palabra de Sarmiento, entre las de quienes decían orientarse por los altos intereses nacionales, o invocaban la defensa de la libertad de nuevo amenazada, sonaba ahora frívola y algo mezquina; en esa hora solemne parecía absurdo reparar tan largamente en la irascibilidad del perro guardián del general Urquiza, o en el estilo de sonreír del propio General, que no auguraba nada bueno.

He aquí, se nos dice, el resultado lamentable de un egotismo que no encontraba ya freno: Sarmiento ha decidido trocarse en protagonista de la historia argentina, y sus sinsabores y fracasos servirán de canon interpretativo para toda la reciente historia que quiere narrar. Y sin duda en la *Campaña* las alusiones complacidas a la persona del autor no escasean; más aún: Sarmiento está dispuesto a proyectar su propia figura en un marco de grandeza que no siempre parece adecuado, porque esa grandeza ha de darse ahora en todos los planos, desde el político al militar al mundano (y no se nos ahorrarán referencias a las muchas personas ilustres que Sarmiento ha conocido en su vida, y se nos dirá cómo fue recibido por ellas en plano de total igualdad, y todos cuantos de algún modo han entrado en contacto amistoso con el autor se beneficiarán de esa deformación engrandecedora, hasta ese malabarista que recorre los circos sudamericanos y nos es presentado como "el gran mago Alexander"). Pero el poner audazmente a su propia persona en el centro histórico de su país no es hazaña nueva en Sarmiento; ya en *Recuerdos de provincia* había creído necesario evocar, como marco para una autobiografía, todo el esfuerzo civilizador de España en un rincón de América, y a la vez la historia espiritual de los tres siglos coloniales. Sólo que el éxito lo justifica todo, y el lector de *Recuerdos* queda persuadido de que las cosas están tal como Sarmiento las presenta; el de la *Campaña* no.

¿Porque artísticamente la *Campaña* se sitúa por debajo de *Recuerdos*? No parece; en primer lugar la *Campaña* encierra —se ha notado ya— trozos admirables, que cuentan entre los mejores que

nos dejó Sarmiento. Pero los cuadros muy elaborados, compuestos y resueltos con felicidad, que esas páginas ofrecen, quedan ahora aislados en un flujo narrativo que se ha vuelto esquemático y pobre. Que esas descripciones de hombres y paisajes eran *pezzi di bravura* mal entretijados en el curso del relato parece haberlo advertido también Sarmiento, por ejemplo cuando vaciló en introducir la descripción del paso del Paraná por las tropas del ejército de Urquiza. Este desnivel entre unos trozos muy elaborados y una marcha general de la narración apenas esbozada y a ratos desmayada se vincula con un desnivel de opuesto signo en cuanto al interés que Sarmiento ha puesto en su redacción. Los que le interesan menos son los cuadros que cincela con tanto cuidado, lo que se propone decir no se encuentra desde luego allí... De modo que, en la *Campaña*, Sarmiento logra sus éxitos de escritor cuando deja de lado el propósito central del libro; apenas vuelve a tomarlo en cuenta el tono baja. Porque ese propósito central no era claro tampoco para Sarmiento. Y si también fracasó al intentar establecer vinculaciones entre la narración autobiográfica y anecdótica y el proceso histórico cuyo sentido debe ser revelado a través de esa narración es porque todavía no ha quedado claro para Sarmiento algo más importante que el propósito que lo mueve a escribir contra Urquiza su *Campaña*, a saber, el sentido mismo de ese proceso histórico posterior a la caída de Rosas que en la *Campaña* debía ser examinado y a la vez orientado hacia otros objetivos que aquellos que le había fijado Urquiza.

¿Pero no era esa urgencia por orientar en un sentido determinado el proceso histórico que ante sus ojos se desarrollaba lo que impedía a Sarmiento examinar con mayor lucidez ese mismo proceso? En cierto modo sí; Sarmiento, se ha señalado ya antes esto, no gozaba ahora de la misma libertad de que había dispuesto al escribir *Facundo*. Ahora estaba hundido en el juego político argentino, y sus verdades debían ser ante todo verdades oportunas, y si no lo eran más valía callarlas. Así, puesto que Sarmiento se proponía eliminar a Urquiza de la vida política argentina, no valdría mostrar en él al representante de todo un aspecto sombrío de la realidad argentina que con él no habría de desaparecer, sino mostrarlo como director y responsable de una personalísima política destinada a frustrar los esfuerzos de la Argentina renaciente. Esta exigencia hace imposible integrar la narración de una experiencia autobiográfica cerrada por el fracaso en una imagen de verdaderas históricas de la crisis que derribó a Rosas y su solución; hace

imposible mostrar en el conflicto entre Urquiza y Buenos Aires algo más que el fruto de los crímenes o los defectos del general vencedor, así como en *Facundo* había estado en debate algo más que las culpas de Quiroga. Pero no sólo algunas trabas prácticas impedirían que ahora se lograra lo que se había alcanzado en *Facundo*: ya en 1845 Sarmiento no había estado tan libre de preocupaciones políticas inmediatas como a primera vista podía parecer; toda la tercera parte de su libro lo muestra, por el contrario, muy sensible a los cambios reales o previsibles en la opinión pública que apoya al gobernante al que él combate. Pero si el tener en cuenta esos datos lo lleva a veces a reticencias expresivas, no nublada su sólida imagen de la Argentina y de lo que en ella sucede.

Lo que falta en la *Campaña* es precisamente esa clara imagen de lo que en la Argentina está ocurriendo; por eso la narración que debería ser reveladora de todo un segmento de historia nacional se detiene con demasiada frecuencia y demasiado morosamente en la evocación de los agravios sufridos por el narrador, y cuando se trata de extraer la lección última de todo el relato el tono está penosamente cercano al de quien reprocha con la superioridad del adulto la conducta de un muchachito a la vez maligno y un poco tonto, y si las observaciones no son siempre literalmente inexactas, si no dan siempre lejos del blanco, el conjunto parece tener algo de superficial y de extrañamiento ajeno al asunto. A lo largo de varias páginas se suceden —resumen de todo lo narrado— las interrogaciones acusatorias: ¿por qué Urquiza se condujo de tal manera, y luego de tal otra? Pero el mismo Sarmiento advirtió que el problema no estaba realmente en las inconsecuencias de la conducta de Urquiza, y no terminará la obra sin esbozar una explicación menos mezuña de lo que en la Argentina está pasando. Esa explicación, todavía llena de ecos de su no aplacado rencor, ha estado singularmente ausente hasta ese momento, no sólo del texto de la *Campaña*, sino muy evidentemente de la mente de su autor. La población argentina, nos dice ahora Sarmiento, es excesivamente dispersa; el odio conquistador del interior contra Buenos Aires tiende a corregir brutalmente esa deficiencia estructural legada por la colonización española: Urquiza, conquistador lleno de odio y codicia, está destinado a ser absorbido por la ciudad del puerto; ya no podrá alejarse de ella, como los conquistadores mongoles o manchúes que recurrentemente son devorados por la vencida China, hasta que de ellos no quedan rastros. Pero bien pronto se rechaza esa imagen engrandecedora

de un conflicto, uno de cuyos contrincantes Sarmiento ha dispuesto de antemano que debe estar marcado de una constante mezquindad. Es inútil fantasear, Urquiza carece en el fondo de toda importancia, y todo el país terminará por volverle la espalda; para asegurar el futuro de la Argentina no será necesario emprender la tarea de “educar a Urquiza, y darle por escuela la presidencia”. Ese “resto impuro de nuestros desaciertos pasados” pertenece ya también él, a pesar de todas las apariencias, a un pasado irrevocable.

De esta manera el libro se cierra, pese a todos los esfuerzos por levantar *in extremis* su tono, con unas alusiones deliberadamente despectivas a don Justo José de Urquiza y sus muchos errores y defectos. Es decir, se cierra sin haber resuelto la constante impresión de su marcha, sin fijar retrospectivamente un sentido a todo lo que antecede. Pues, muy evidentemente, aunque Sarmiento sentía un sincero aborrecimiento por el general en jefe del Ejército Grande, no se había propuesto centrar en él y en sus errores el proceso que le tocaba explicar a sus lectores. Pero Sarmiento se revelaba ahora incapaz de dar una explicación que abarcara perspectivas menos estrechas. Esa revelación está implícitamente presente en la contextura misma de la *Campaña*, en su avance a ratos desmañado, a ratos como distraído, en la escasa convicción con que ciertos episodios son incluidos, que se traduce a veces en la brevedad con que alude a ellos quien advierte que al cabo lo que evoca puede carecer de importancia, a veces en unos ascensos de tono también propios de quien, advirtiendo que acaso eso que narra puede ser insignificante, está dispuesto a que el lector lo encuentre por el contrario significativo (una síntesis de ambas actitudes se da en la descripción de la entrada triunfal de las tropas urquicistas en Buenos Aires, y la relativa frialdad con que fueron acogidas; Sarmiento la atribuye al disgusto de las señoras elegantes de Buenos Aires ante los trajes del todo carentes de elegancia de las tropas entrerrianas, y a la vez da relieve singular a ese disgusto, como si, tomado aisladamente y no introducido en un cierto contexto histórico, fuese ya algo de extrema importancia). Pero esa insatisfacción ante el propio relato no se resuelve en la búsqueda de otro más plausible; para esta última tarea Sarmiento no disponía ya de instrumental adecuado.

Tenía, sin duda, el canon interpretativo que había utilizado en *Facundo*, la reducción de las a veces confusas luchas políticas argentinas a un solo combate entre civilización y barbarie. Y poste-

riormente, en su informe al Instituto Histórico de Francia, Sarmiento volvió a narrar, esta vez iluminada por esa antítesis fundamental, la lucha entre Urquiza y Buenos Aires. En ese nuevo relato, más breve y brioso que el de la *Campaña*, toda disidencia ideológica es dejada al margen. Buenos Aires es, nada más, la ciudad que reúne sus fuerzas para resistir a la barbarie pastora, y abanderados de la civilización son igualmente los austeros emigrados de Montevideo y los graves hombres de consejo que han sido columnas de la Federación rosista. Y en esta revolución municipal contra un entero país conquistador, en esa revolución de la opulenta ciudad de mercaderes que quiebra el sitio puesto por sus enemigos no vendiendo en combates sino comprando a los sitiadores, de la ciudad en que Sarmiento, en una imagen a la vez alucinada y adivinadora de una realidad esencial, ve una réplica de las ciudades que, en la Europa de la baja Edad Media y el primer Renacimiento, siguieron orgullosamente solas su aventura histórica, desafiando a enteros imperios, en esa revolución municipal parece que el esquema que contrapone civilización y barbarie encuentra su aplicación más feliz. Pero, ahí está, en la *Campaña* no utilizó Sarmiento esta antítesis que tan diestramente había manejado en el pasado, que volvería aún a manejar en el futuro. Sin duda, hay ante todo una razón de hecho para explicarlo: cuando Sarmiento se alejó de Buenos Aires abandonó una ciudad vencida y humillada; antes de concluir la redacción de la *Campaña* se enteró de la revolución del 11 de septiembre, que alejaba a Buenos Aires de la órbita de Urquiza, pero el libro apareció cuando la ciudad no había aún enfrentado con éxito el sitio de Lagos y el bloqueo de Coe. De la antítesis faltaba entonces uno de los términos. Pero, además, Sarmiento conocía demasiado bien el otro de esos términos, no lo había sometido aún a una deformadora simplificación. En el Entre Ríos de Urquiza conoció Sarmiento algo que no era, en rigor, la barbarie, o -en todo caso- era un modo peculiar de barbarie.

Ese nuevo modo de barbarie estaba ya presente en alguna medida en el régimen rosista. A la oposición entre barbarie rural y civilización urbana se objetó una y otra vez que el centro de la argentina bárbara era, en la época de Rosas, la mayor de las ciudades del país, que las resistencias contra esa barbarie triunfante llegaron de las provincias o del fondo de la campaña bonaerense, nunca de la capital, nunca del centro de la civilización argentina. Sarmiento no ignoraba esto, y lo explicaba, en una metáfora no

carente de sentido, como un triunfo momentáneo de la barbarie, que, nacida en la campaña pastora, se hace fuerte en la ciudad y utiliza en su provecho instrumentos elaborados por la civilización: desde una estructura política y jurídica muy elaborada hasta el periodismo empleado con destreza para su propaganda interna y externa. Pero esa victoria sería, a la vez, su ruina: la barbarie no puede absorber elementos de civilización sin comenzar a ser absorbida por éstos; al instalarse en la ciudad, la barbarie que parece triunfar comienza a la vez su lenta agonía. Esa fe en la total incompatibilidad de civilización y barbarie, en la fuerza conquistadora de la civilización que es capaz de utilizar para su triunfo las fuerzas mismas de su rival, y mezclándose con ella no se contenta, ha de quedar sacudida ante el espectáculo del Entre Ríos de Urquiza. He aquí un régimen bárbaro que no teme el contacto con la civilización, que, al revés, lo busca y para tenerlo expedito afronta los riesgos de una guerra contra la provincia hegemónica. He aquí una provincia semejante a las demás provincias sometidas a un gobierno caudillesco, pero no encerrada en una economía arcaica; vuelta, por el contrario, a los beneficios del comercio mundial. Beneficios que recaen, como es justo, en el caudillo y sus buenos amigos. La provincia de Entre Ríos es toda ella una empresa comercial entre pública y privada, pública por los medios utilizados, que permiten, por ejemplo, emplear el trabajo de las cautivas de las victoriosas campañas llevadas por Urquiza al vecino Uruguay, privada en cuanto al beneficiario último de esa vasta organización comercial. Así la barbarie sobrevive y prospera al amparo de la civilización; he aquí un hecho que no tiene par. Sin embargo sí lo tiene: Sarmiento recuerda de inmediato a Mehemet-Ali, el bajá de Egipto que gobierna al país como una vasta propiedad personal, e impone el trabajo forzado a sus súbditos, y ha logrado así acrecer la riqueza de Egipto y volcar esa riqueza en el ciclo del comercio mundial. Pero Mehemet-Ali -por lo menos eso es lo que enseñan los maestros de Sarmiento- "ha abierto a Egipto a la civilización". Y, por lo tanto, es incomparable con un bárbaro como Urquiza. Urquiza, descubre Sarmiento tras de ese paralelo que se ve obligado de inmediato a rechazar, carece de la "altura" del renovador de Egipto. Lo que se prueba en una historia algo confusa acerca del fracaso de ciertas obras de contención de las aguas emprendidas en la zona central de Entre Ríos, que se llevaron a cabo en las hondonadas y no en lo alto de las cuchillas, y por eso fueron arrastradas por las avenidas. Así la narra-

ción vuelve al plano anecdótico sobre el cual pareció elevarse por un instante, y debe volver a él porque Sarmiento es incapaz, fuera de ese plano en extremo modesto, de dar una imagen plausible de la compleja síntesis de "civilización y barbarie" que se encarna en Urquiza. Se lo impide toda una formación recibida, todo un sistema de nociones elaboradas en la Europa en expansión comercial y política, que le proporcionaban los medios para advertir y condenar la presencia de una barbarie que se cerraba al influjo europeo, no la de aquella que era capaz de aceptar y orientar en su beneficio ese influjo. Por el contrario, se acaba de ver cómo, cuando se trataba de caracterizar a esta última, de esa formación recibida no llegaban elementos de aclaración, sino de confusión. Pese a todas esas sugerencias prestigiosas, Sarmiento sintió que lo que se estaba elaborando en Entre Ríos era intolerable; debido a esas mismas sugerencias fue incapaz de elaborar y justificar adecuadamente ese sentimiento.

Había además otro motivo para que la justificación no llegase demasiado lejos: sin duda Sarmiento no aceptaba la barbarie fortalecida por el contacto con la civilización, tal como se daba en Entre Ríos. Sin embargo, sabía muy bien que la situación argentina sólo permitía soluciones en que tuviesen su parte tanto la barbarie aún no domada cuanto esos intereses que en Entre Ríos estaban demasiado dispuestos a traicionar la causa de la civilización en la cual habían surgido. Distinguir entre un porvenir político así concebido y el que preparaba para la Argentina el general Urquiza, sobre el modelo de su provincia, era tarea siempre fácil; la diferencia podía ser más evidente para un político dúcil, ante las exigencias de la hora, que para el observador que busca interpretar el proceso al que asiste proyectando sobre él ciertas grandes antítesis que le sirven de clave universal. Estas razones coinciden con las anteriores: el sistema elaborado por Sarmiento para interpretar la realidad argentina, que le ha permitido entender con admirable lucidez la época rosista, ha dejado de interpretar con la misma exactitud las nuevas constelaciones sociales y políticas que han sucedido a la caída de Rosas, y Sarmiento, por motivos que se dan concurrentemente en planos muy diversos, no ha de reemplazar ya ese sistema por ni aún otro igualmente elaborado.

He aquí, entonces, una innegable limitación de la *Campaña en el Ejército Grande*. Sin duda, una obra no necesita estar inspirada de una penetración histórica muy profunda para ser en otros aspectos admirable, y la *Campaña*, aun sin dar una imagen históri-

camente plausible del proceso que va de Rosas a Urquiza, pudo ser todavía un panfleto lleno de calor y color. Lo que impidió que lo fuese del todo era que Sarmiento quiso hacer de su libro otra cosa, darle una significación más amplia que la de una requisitoria o un alegato de agravios. Sin embargo, si de alguna manera ha de ubicarse esta obra que, pese a su limpidez narrativa y a todas las aclaraciones que en su torno se den, sigue teniendo algo de desconcertante, hay que admitir que en lo esencial es, en efecto, un panfleto político, y un panfleto a ratos admirable. Admirable precisamente por el tono contenido que Sarmiento sabe darle, el tono de un retratista no sólo dotado de un nativo don, sino aviado por una larga experiencia, del que ha dibujado la imagen negra y roja de Facundo Quiroga, pero también la imagen llena de claros y mates del deán Funes, del que supo evocar en tono de esas siluetas queridas o aborrecidas todo un mundo de referencias naturales o culturales. Ahora el retratado y la víctima es Urquiza; contra él Sarmiento emprende una pausada pero segura tarea de demolición. Para ello debe ir contra todas sus tendencias instintivas: contra lo que en él tiende a agrandar al personaje épico hasta transformarlo en signo de una realidad muy vasta, y aun hasta envolverlo en un aura mítica. Y, en buena medida, lo logra. He aquí a Urquiza, el caudillo astuto. ¿Es de veras astuto? Más bien irresoluto, y posee en todo caso la mínima astucia de esconder sus vacilaciones haciendo suponer que tras de ellas se urden quien sabe qué sabias intrigas. El caudillo que conoce a los hombres. Pero que, en Buenos Aires y en el país, comete errores irreparables, nacidos precisamente de que no ha comprendido a los hombres con quienes tiene que tratar. El gran jefe militar; pero sólo ha vencido a sus iguales, y en Caseros no ha tenido siquiera que vencer (pues en esa tarea de derrumbe Sarmiento la emprende también con esa victoria, que no es —lo confiesa desenfadadamente— sino un mito forjado por él mismo; en verdad no hubo casi combate, y Rosas estaba vencido de antemano, desde luego que por la hostilidad de una opinión pública educada en los escritos sarmientinos). Modo demoleedor que alcanza su punto más alto en la descripción del paso del Paraná por las tropas entrerrianas, afrontando sin ninguna preparación previa toda clase de peligros, mientras Urquiza hace su parte permaneciendo el día entero sentado en lo alto de la barranca, inmóvil el rostro en esa expresión de reconcentrada ferocidad que mueve a las tropas a emprender la riesgosa travesía, siempre preferible a la cólera de

su jefe. Imaginemos esta escena trazada por el Sarmiento que escribió *Facundo*: la grandeza bárbara del sacrificio exigido como cosa del todo natural y cotidiana, las imágenes de hombres y caballos luchando por la vida en la corriente traicionera, bajo la dura mirada del jefe querido y temido. Ahora todo está iluminado por una luz burlesca; Sarmiento saca las conclusiones con una seriedad de hombre práctico: "el resultado de la fascinación mágica de la presencia del General fue que en todo el día pasaron seiscientos caballos de treinta mil que aguardaban su turno". Al día siguiente el resto pasa en jangadas y buques, sin ser animado por la mirada magnética de ningún jefe desde lo alto de la barranca.

La *Campaña* es, entonces, la sistemática demolición de una personalidad, y la conclusión que Sarmiento trató infructuosamente de eludir es la que más adecuadamente podría cerrar el libro: tras de mostrar qué poca cosa es ese general Urquiza que usurpa el centro de la escena argentina no queda sino explicar brevemente por qué todavía hay quienes se obstinan en tomarlo en serio. Y profetizar que también a ellos terminará por revelarse la inocultable mediocridad del jefe que derribó a Rosas. Sólo entonces, cuando ese incongruente estorbo haya desaparecido del camino, la tarea de reconstrucción de la Argentina podrá ser emprendida, esta vez por personas serias, y por lo tanto con mayores probabilidades de llegar a puerto.

Con estas arrogantes seguridades cierra Sarmiento su *Campaña en el Ejército Grande*. No son sin duda esas seguridades, aun que confirmadas por un curso histórico cuya complejidad Sarmiento era incapaz de prever, las que todavía hoy hacen de la *Campaña* una de las obras que permanecen vivas de Sarmiento, la más tardía y sin duda la menor del ciclo que se abre con *Facundo*. No son tampoco las "páginas de antología" que a lo largo del libro es posible recoger, ya sabemos que a Sarmiento no debe leérselo así, que cada una de sus páginas vale sobre todo por la resonancia que evoca y conserva en un conjunto más vasto. Y, en particular, así no debe leerse tampoco la *Campaña en el Ejército Grande*: los ejemplos de felicidad descriptiva, de brío vivaz en la narración, resumen mal este testimonio involuntariamente revelador que un hombre perplejo nos da de la crisis de sus pensamientos y creencias, en el duro contacto con la realidad para la cual fueron sin embargo elaborados. Una crisis no sólo coincidente con una fecha clave de la historia argentina; nacida en rigor del proceso que en esa fecha se resume. Por debajo de todo mito pa-

triótico o polémico erigido tardíamente, la *Campaña en el Ejército Grande* traza para nosotros la historia de Caseros. No una historia invariablemente rica en precisiones, no una historia constantemente veraz; una historia que nos devuelve sin embargo, en sus limitaciones tanto como en sus excelencias, al instante lleno de todo un futuro en el cual, en torno del cuerpo inmóvil y obstinadamente mudo de la nación, se enlazó un debate de palabras y acciones acerca de la forma que debía recibir la Argentina moderna.